SAGRADA BIBLIA

Ester

Libro completo

«¿Y quién sabe si por eso has llegado a ser reina?»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 5

Antes de empezar 8

Veintidós palabras hebreas y griegas 16

El libro de Ester en la liturgia 19

1 El banquete de Asuero y la negativa de Vasti 21

2 Ester, reina 32

3 Amán y el decreto contra los judíos 38

4 «¿Quién sabe si por eso has llegado a ser reina?» 47

5 Ester ante el rey 54

6 La noche en que el rey no durmió 59

7 La caída de Amán 67

8 El contradecreto 71

9 El día del revés y la fiesta de las Suertes 80

10 «Esto es obra de Dios» 91

11 El sueño de Mardoqueo 96

12 La conjura de los eunucos 104

13 La carta de Amán y la oración de Mardoqueo 107

14 La oración de la reina Ester 113

15 Ester ante el rey 120

16 La carta de Artajerjes en favor de los judíos 128

PARA PROFUNDIZAR

1 ¿Historia o relato? Asuero, Susa y el género del libro de Ester 28

3 Amán el agagita: el odio a un pueblo 43

4 «Para un tiempo como este»: la decisión de Ester 50

6 La noche en que el rey no durmió: la providencia escondida 63

8 La defensa y la venganza: cómo leer Ester 8–9 75

9 Purim, la fiesta de las Suertes 87

11 Un libro en dos lenguas: el Ester griego, san Jerónimo y Trento 99

14 Dos oraciones en la hora del peligro: Mardoqueo y Ester 116

15 Ester, figura de María 124

CUADROS

1 Cómo leer Ester con las adiciones griegas en su lugar..... 26

1 La corte de Asuero 27

3 Las fechas del libro de Ester..... 42

5 Banquetes y ayunos..... 57

6 «Se volvió del revés»..... 62

8 Dos decretos en espejo (3,12-15 y 8,9-14) 75

9 Purim, ayer y hoy 86
10 El sueño de Mardoqueo y su explicación 94
11 Las siete notas de san Jerónimo 99
13 Las oraciones de Mardoqueo y de Ester 111
15 Ester y María 123
16 Las dos cartas de Artajerjes (13,1-7 y 16,1-24) 133
Repaso 135
Notas personales 140
Sobre esta edición 141

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Est 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como el orden de lectura con las adiciones griegas en su lugar, la corte de Asuero, el calendario del libro, los banquetes y los ayunos, los reveses de la historia, los dos edictos, Purim, el sueño de Mardoqueo, las notas de san Jerónimo, las oraciones de Mardoqueo y de Ester, las dos cartas de Artajerjes o Ester y María. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Una reina para un tiempo difícil

El libro de Ester es el decimonoveno de la Biblia y lleva el nombre de su protagonista, una joven judía huérfana que llega a ser reina de Persia. Su nombre hebreo era Hadassá, «mirto», que la Vulgata transcribe Edisa (2,7); «Ester» suele explicarse por el persa *stara*, «estrella», aunque los rabinos ya lo relacionaban con Istahar, el lucero (*Meguilá* 13a), nombre emparentado con el de la diosa Istar. En la Biblia hebrea es uno de los cinco «rollos» y se le llama sencillamente *la Meguilá*, «el rollo», porque se lee entero en la fiesta de Purim; en la Vulgata y en la lista del concilio de Trento va después de Tobías y de Judit.

Esdras y Nehemías contaban la vuelta a Jerusalén; Ester mira a los judíos que se quedaron en Oriente, dispersos por el imperio persa. En Susa, bajo el rey Asuero, es decir, Jerjes I (486-465 a. C.), Amán, el primer ministro, consigue un decreto para exterminar en un solo día a todos los judíos, porque Mardoqueo, que había criado a Ester, no se arrodilla ante él. Ester arriesga la vida presentándose al rey sin ser llamada, y todo se vuelve del revés: Amán muere en la horca que había preparado para Mardoqueo, el día señalado para la matanza se convierte en día de victoria y los judíos instituyen la fiesta de Purim, «las Suertes».

LA HISTORIA DEL TEXTO HEBREO (1,1 – 10,3)

1 – 2	El banquete de Asuero; la reina Vasti, depuesta; Ester, reina; Mardoqueo descubre una conjura
3	Amán; la suerte, *pur*, y el decreto de exterminio
4	El luto de los judíos; «¿quién sabe si por eso has llegado a ser reina?»
5 – 7	Ester ante el rey; los dos banquetes; la noche sin sueño; Amán, colgado
8	Un nuevo decreto en favor de los judíos
9 – 10,3	El día del revés; la fiesta de Purim; la grandeza de Mardoqueo

LO QUE SOLO ESTÁ EN GRIEGO (10,4 – 16,24) Y SU LUGAR EN EL RELATO

11,2 – 12,6	El sueño de Mardoqueo y la conjura de los eunucos: abre el libro griego, antes de 1,1
13,1-7	La carta de Amán contra los judíos: después de 3,13
15,1-3	El recado de Mardoqueo a Ester: dentro de 4,8
13,8 – 14,19	Las oraciones de Mardoqueo y de Ester: después de 4,17
15,4-19	Ester ante el rey: en lugar de 5,1-2
16,1-24	La carta del rey en favor de los judíos: después de 8,12
10,4-13	La explicación del sueño: después de 10,3
11,1	La nota sobre la traducción griega: al final del libro

Dos libros de Ester

Ester se conserva en dos formas. El texto hebreo no nombra a Dios ni una sola vez: hay ayuno, hay una salvación que llega «de otro lugar» (4,14), pero no hay oración ni nombre divino. La traducción griega de los Setenta retoca muchos versículos y añade seis pasajes largos, más de cien versículos, que lo dicen todo en voz alta: el sueño de Mardoqueo y su explicación, «esto es obra de Dios» (10,4), el

texto de las dos cartas del rey y, sobre todo, las oraciones de Mardoqueo y de Ester antes de que ella se juegue la vida. Las dos cartas parecen compuestas en griego; los demás pasajes quizá traducen un original hebreo o arameo perdido.

San Jerónimo cuenta en su prólogo que el libro andaba estropeado por diversos traductores y que él lo tradujo palabra por palabra del texto hebreo; como no encontró allí esos pasajes, los reunió al final, con breves notas que indican dónde estaba cada uno, y los marcó, «según nuestra costumbre», con una «vírgula», el signo que señalaba lo que no está en el hebreo. Por eso la Vulgata tiene dieciséis capítulos, y el relato griego se lee saltando, como indica la tabla de arriba. Hubo dudas: Melitón de Sardes, hacia el 170, no incluye Ester en su lista, y san Atanasio, el 367, lo cuenta entre los libros que se leían a los catecúmenos, fuera del canon. Pero san Clemente Romano, a finales del siglo I, ya pone a Ester como modelo, «perfecta en la fe», que con «ayuno y humillación» suplicó al Dios que todo lo ve (*Carta a los Corintios* 55), y el concilio de Trento, en 1546, declaró sagrados y canónicos los libros de la Biblia «con todas sus partes», tal como se leían en la Iglesia y en la antigua Vulgata. El Catecismo cuenta Ester entre los libros del Antiguo Testamento (n. 120). Los pasajes griegos suelen

llamarse deuterocanónicos, una palabra moderna que no significa una inspiración de segunda clase.

Quién lo escribió y cuándo

El Talmud lo atribuye a «los hombres de la Gran Asamblea» (*Baba Batra* 15a), y Torres Amat recuerda que otros pensaban en Esdras y que «la mayor parte de los expositores» lo atribuían al mismo Mardoqueo, porque 9,20 dice que él escribió estas cosas. Muchos estudiosos sitúan hoy el texto hebreo entre el final de la época persa y el siglo II a. C., por su lengua y por cómo explica la corte persa a lectores que ya no la conocían. La versión griega termina con una nota (11,1): «el año cuarto del reinado de Ptolomeo y de Cleopatra», un tal Dositeo, «que se decía sacerdote», y su hijo trajeron «esta carta del Furim», traducida en Jerusalén por Lisímaco, probablemente a Egipto, donde reinaban los Ptolomeos; según cuál de ellos sea, sería hacia el 114, el 78 o el 48 a. C.

Cómo leerlo

El autor conoce bien la corte persa, sus banquetes, sus correos y sus leyes que no se revocan (1,19; 8,8; Dn 6,9), pero el relato está construido con arte: banquetes que se responden, coincidencias que llegan justo a tiempo, un villano que cae en su propia trampa. Por eso muchos lo leen

hoy como un relato con fondo histórico, escrito para enseñar y para explicar el origen de Purim, más que como una crónica; otros, como muchos autores católicos de hace un siglo, defendían su historicidad en los detalles. La Iglesia no pide decidirlo: pide buscar lo que el autor sagrado quiso enseñar, atendiendo a los géneros literarios (*Dei Verbum* 11-12), como hace la Comisión Bíblica con Tobías y Jonás (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, nn. 109-110).

El texto hebreo enseña a ver a Dios sin nombrarlo: en una noche de insomnio del rey (6,1), en la valentía de una mujer, en la frase hebrea que lo resume todo, «y se volvió del revés» (9,1; Torres Amat, «trocada la suerte»). El griego hace explícito lo que el hebreo calla: «Dios trocó el corazón del rey» (15,11). El Catecismo, con la oración de Mardoqueo, enseña que Dios «gobierna los corazones y los acontecimientos según su voluntad» (n. 269), y cuenta a Ester entre las mujeres santas que mantuvieron viva la esperanza de Israel y cuya figura más pura es María (nn. 64 y 489). La tradición vio en la reina que intercede ante el rey por su pueblo una figura de la Virgen, y san Alfonso María de Ligorio, siguiendo a san Alberto Magno, la presenta como figura de María, reina de misericordia, que pide al Rey por los suyos (*Las glorias de María* I,1). El Nuevo Testamento no cita el libro.

Hay páginas difíciles: el harén del rey, el matrimonio de una judía con un rey pagano, el lenguaje de odio de la carta de Amán, que acusa a un pueblo entero de oponerse «a todo el género humano» (13,5), y sobre todo la venganza de los capítulos 8 y 9, en los que los judíos matan a miles de sus enemigos. Las notas y los ensayos dicen lo que el texto dice, explican su contexto y lo leen a la luz del Evangelio del amor a los enemigos (Mt 5,43-48), como pide la Comisión Bíblica para los textos violentos (2014, n. 125). La Iglesia «deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos» (*Nostra aetate* 4): Amán es la figura de ese odio, y el libro, la memoria de que no tuvo la última palabra.

Sobre esta traducción

Torres Amat traduce la Vulgata, y en este libro se nota. San Jerónimo ya había puesto en boca de Ester «orad por mí» (Torres Amat, «haced oración por mí»), donde el hebreo dice «ayunad por mí» (4,16), y la única vez que aparece Dios en lo traducido del hebreo (1,1 – 10,3) es un añadido de Torres Amat, impreso en cursiva en 1824: «los ayunos y clamores *a Dios*» (9,31). Aclara palabras con glosas unidas por «o», como «saco o cilicio» (4,1) o «el anillo o sello» (8,2), y en las adiciones llama al rey Artajerjes, como los Setenta, aunque anota que es el mismo Asuero. Imprime en ver-

salitas, entre los versículos, las siete notas de san Jerónimo, que aquí se citan en las notas.

La transcripción digital de esta edición solo traía lo traducido del hebreo, hasta 10,3: las adiciones se han tomado de la edición de 1884, cotejada con la de 1824, en la misma ortografía. De esas ediciones se han recuperado también palabras perdidas o mal leídas: la transcripción olvidaba a los «príncipes de su corte» invitados al banquete (1,3), llamaba «Vasto» a la reina Vasti (2,4) y daba a Ester «criados» en vez de las «criadas» con las que ayuna (4,16).

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: Asuero, Susa y el género del libro; Amán y el odio a un pueblo; la decisión de Ester; la noche sin sueño y la providencia escondida; la defensa y la venganza de los capítulos 8 y 9; Purim; el Ester griego, san Jerónimo y Trento; las dos oraciones; Ester, figura de María. Todos aparecen en el índice.

Veintidós palabras hebreas y griegas

Las palabras clave de Ester en sus lenguas originales: hebreo en los capítulos 1 a 10, que se lee de derecha a izquierda, y griego en las adiciones.

אֶסְתֵּר	**Ester** · quizá del persa *stara*, «estrella»; su nombre hebreo era **Hadassá**, «mirto» (Vulgata, «Edisa») 2,7
מָרְדֳּכַי	**Mordojay** · Mardoqueo, nombre babilonio, probablemente derivado de Marduk 2,5
אֲחַשְׁוֵרוֹשׁ	**Ajashverosh** · Asuero, del persa *Jshayarsha*, el rey Jerjes I; los Setenta lo llaman Artajerjes 1,1
שׁוּשַׁן הַבִּירָה	**Shushán ha-birá** · «Susa, la ciudadela», una de las capitales de los reyes persas 1,2
מִשְׁתֶּה	**mishté** · banquete, de la raíz «beber»; el libro avanza de banquete en banquete 1,3; 5,4; 9,17
דָּת	**dat** · ley, decreto, palabra persa; las leyes de los persas «no es lícito traspasar» 1,19; 3,8; 4,16
הָאֲגָגִי	**ha-agaguí** · «el agagita», Amán, que la tradición hace descendiente de Agag, rey de Amalec 3,1
פּוּר	**pur** · la suerte, palabra acadia; «llamada en hebreo Fur» 3,7; 9,24

עַם־אֶחָד מְפֻזָּר וּמְפֹרָד	**am ejad mefuzar u-meforad** · «un pueblo esparcido y separado», la acusación de Amán 3,8
שַׁרְבִּיט	**sharvit** · el cetro de oro que el rey extiende hacia quien perdona 4,11; 5,2; 8,4
מִמָּ֣קוֹם אַחֵ֔ר	**mi-maqom ajer** · «de otro lugar» vendrá la salvación; la Vulgata, «por algún otro medio» 4,14
לְעֵ֥ת כָּזֹ֖את	**le-et kazot** · «para un tiempo como este» 4,14
צוֹם	**tsom** · ayuno; Ester pide «ayunad por mí», y la Vulgata, «haced oración por mí» 4,3.16; 9,31
נָדְדָה שְׁנַת הַמֶּ֖לֶךְ	**nadedá shenat ha-mélej** · «huyó el sueño del rey»; los Setenta, «el Señor apartó el sueño del rey» 6,1
וְנַהֲפוֹךְ הוּא	**ve-nahafoj hu** · «y se volvió del revés», la clave del libro 9,1
פּוּרִים	**Purim** · «Suertes», la fiesta del 14 y el 15 de Adar; Torres Amat, «Furim» 9,26.28
ἐνύπνιον	**enýpnion** · el sueño de Mardoqueo, que abre y cierra el libro griego 11,2; 10,5
δράκοντες	**drákontes** · los dos dragones: «somos yo y Amán» 11,6; 10,7
κλῆροι	**klêroi** · las «dos suertes», una para el pueblo de Dios y otra para las naciones 10,10
κληρονομία	**klēronomía** · la heredad del Señor, que es su pueblo; Torres Amat, «heredad» 13,15; 14,9

ἐπόπτης καὶ σωτήρ	**epóptēs kaì sōtḗr** · «el que todo lo ve, y salvador», el Dios al que invoca Ester; Torres Amat, «la guía y el salvador de todos» 15,5
υἱοὶ τοῦ Ὑψίστου	**huioì toû Hypsístou** · «hijos del Dios altísimo», como llama el rey a los judíos en su segunda carta 16,16

El libro de Ester en la liturgia

La Misa lee una sola vez el libro de Ester en el ciclo de los días de semana, la oración de la reina, y ninguna en domingos o fiestas; el Oficio de lectura lo lee durante una semana del tiempo ordinario.

Misa

Celebración	**Lectura**
Jueves de la 1.ª semana de Cuaresma	La oración de Ester, «Est 4,17n.p-r.aa-bb.gg-hh» en el Leccionario (14,1.3-4.13-14 de esta edición, con frases de la antigua versión latina); Salmo 138; Mt 7,7-12, «Pedid y se os dará»
Misas por los cristianos perseguidos, por la patria y en tiempo de terremoto u otra calamidad	La oración de Mardoqueo (13,8-11.15-17 de esta edición)
Común de santos y santas	La oración de Mardoqueo, que «ha temido trasladar a un hombre el honor debido» a Dios (13,8-14.17)
Misal anterior al Vaticano II	Miércoles después del segundo domingo de Cuaresma: 13,8-11.15-17

En el Oficio y en los documentos de la Iglesia

Dónde	Qué
Oficio de lectura, 29.ª semana del tiempo ordinario	Del domingo al jueves: Vasti y la elección de Ester (1–2), el decreto de Amán (3), el luto y la decisión de Ester (4,1-16), la oración de Ester (14,1-19), los banquetes y la caída de Amán (5,1-5; 7,1-10); la segunda lectura es la carta de san Agustín a Proba sobre la oración
Responsorios del Oficio	Toman versos de las oraciones de Mardoqueo y de Ester (13,9.17; 14,9.12-14) y de la explicación del sueño (10,9)
Cánticos	La Liturgia de las Horas no tiene cánticos de este libro
Liturgia mariana	El Leccionario actual no toma lecturas de Ester para las misas de la Virgen; la reina que intercede como figura de María pertenece a la tradición de la Iglesia (ver «Cómo leerlo»)
Catecismo, nn. 64, 120, 269 y 489	Ester entre las mujeres santas de Israel; el libro en el canon; la oración de Mardoqueo (13,9, citada como «Est 4,17c»)
La fiesta judía de Purim	El 14 de Adar, y el 15 en las ciudades amuralladas, se lee el rollo hebreo de Ester (*Misná, Meguilá* 1,1), sin las adiciones griegas

En los Salmos, Torres Amat va un número por detrás: el 138 es en su Biblia el 137.

1

El banquete de Asuero y la negativa de Vasti

El libro se abre en la corte de Persia con dos banquetes: uno de medio año para los grandes del imperio y otro de siete días para el pueblo de Susa. El último día, alegre por el vino, el rey manda llamar a la reina Vasti para lucir su belleza, y ella se niega. El desaire se vuelve asunto de Estado, y un edicto irrevocable aparta a la reina. Hay tres escenas (los banquetes, vv. 1-9; la negativa, vv. 10-12; el consejo y el edicto, vv. 13-22), y ya aparecen los temas del libro: el poder que se exhibe, las leyes que no se revocan y una corona vacía.

Los banquetes de Asuero

1 En tiempo del rey Asuero [1], que reinó desde la India hasta la Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias [2], 2 al sentarse en el trono de su reino, fue Susán la ciudad escogida para capital de su imperio [3]. 3 Al tercer año, pues, de su reinado [4], dio un espléndido convite, que honró con su presencia, a todos los príncipes de su corte [5], a todos sus oficiales, a los más valientes de los persas, y a los más señalados entre los medos, y a los gobernadores de las provincias. 4 (Todo para ostentar las riquezas y magnificencias de su reino, y la grandeza y pompa de su poderío). Convite

cuya celebración duró mucho tiempo, a saber, ciento ochenta días [6].

[5] Estando ya para acabarse, convidó a todo el pueblo que se hallaba en Susán, grandes y pequeños, y mandó se les dispusiese un banquete de siete días, en el cercado del jardín, y del bosque [7], que había sido plantado de mano de los reyes, y con regia magnificencia. [6] Se habían tendido por todas partes toldos de color azul celeste y blanco, y de jacinto o cárdeno [8], sostenidos de cordones de finísimo lino, y de púrpura, que pasaban por sortijas de marfil, y se ataban a unas columnas de mármol. Estaban también dispuestos canapés o tarimas de oro y plata, sobre el pavimento enlosado de piedra, de color de esmeralda o de pórfido, y de mármol de Paros [9], formando varias figuras a lo mosaico, con admirable variedad. [7] Bebían los convidados en vasos de oro, y los manjares se servían en vajilla siempre diferente [10]; se presentaba asimismo el vino en abundancia, y de exquisita calidad, como correspondía a la magnificencia del rey. [8] Ninguno forzaba a beber al que no quería [11], sino que cada cual tomaba cuanto gustaba, conforme lo había mandado el rey; el cual a este fin dio la presidencia de cada mesa a uno de sus magnates. [9] Al mismo tiempo la reina Vasti [12] dio un convite a las mujeres, en el palacio donde solía residir el rey Asuero.

Vasti no quiere venir

10 Y el día séptimo, estando el rey más alegre de lo acostumbrado, y por el demasiado beber recalentado del vino [13], mandó a Maumam, y Bazata, y Harbona, y Bagata, y Abgata, y Zetar, y Carcas, siete eunucos que estaban de servicio alrededor de él, 11 que condujesen a su presencia a la reina Vasti con la corona puesta en la cabeza [14], para hacer ver su hermosura a todo el pueblo y señores; pues era de extremada belleza. 12 La cual lo rehusó [15], y por más que los eunucos le hicieron presente la orden del rey, no quiso comparecer. Por lo que indignado el rey, y ardiendo todo en saña,

El consejo de los sabios y el edicto

13 consultó a los sabios, que según el estilo de los reyes [16] tenía siempre a su lado, y por cuyo consejo lo hacía todo, pues estaban instruidos de las leyes y costumbres de sus mayores. 14 (Entre ellos eran los principales y más allegados Cársena, y Setar, y Admata, y Tarsis, y Marés y Marsana, y Mamucán, siete magnates de los persas y medos, que tenían entrada libre al rey [17], y ocupaban los primeros asientos después de él). 15 Les preguntó, pues, el rey, qué pena merecía la reina Vasti por no haber querido obedecer la orden que le había enviado el rey por medio de los eunucos.

16 A lo que respondió Mamucán en presencia del rey y de
los grandes: La reina Vasti no sólo ha ofendido al rey [18],
sino también a todos los pueblos y señores de todas las
provincias del rey Asuero. 17 Porque la repulsa de la reina
llegará a noticia de todas las mujeres; por tanto harán és-
tas poco caso de sus maridos, diciendo: El rey Asuero
mandó venir a su presencia a la reina Vasti, y ella no qui-
so. 18 Con cuyo ejemplo todas las mujeres de los magnates
persas y medos harán poco caso de los mandatos de sus
maridos; y así la indignación del rey es muy justa.

19 Si te parece bien promúlguese por ti un edicto, y escríba-
se al tenor de las leyes de los persas y medos que no es lícito traspasar o revocar [19], para que la reina Vasti no vuelva
a aparecer jamás en la presencia del rey, y se dé su corona a
otra más digna que ella. 20 Y que se haga saber esto por to-
das las provincias de tu vastísimo imperio, a fin de que to-
das las mujeres, así de los grandes como de los pequeños,
tributen el debido honor a sus maridos [20]. 21 Pareció bien
al rey y a los grandes el consejo de Mamucán, y confor-
mándose el rey con este dictamen, 22 despachó cartas a to-
das las provincias de su imperio, en diversas lenguas y
caracteres [21], para que cada nación las pudiera entender y
leer, diciendo en ellas que los maridos debían tener todo el
poder y autoridad en sus respectivas casas; y que esto se
publicase por todos los pueblos.

¿Sabías que?

El libro de Ester empieza en hebreo con la fórmula vayhí bimé, «y sucedió en los días de...». El Talmud recoge una tradición según la cual vayhí anuncia siempre una desgracia, como si fuera vay, «¡ay!», y hi, «lamento». Los maestros le pusieron objeciones (también la creación dice «y fue la tarde y fue la mañana»), y al final se aceptó una regla más modesta: la expresión completa, «y sucedió en los días de», aparece cinco veces en la Biblia, y siempre trae aflicción: Asuero y Amán (Est 1,1), el hambre en tiempo de los jueces (Rut 1,1), la guerra de Amrafel (Gn 14,1), la de Acaz (Is 7,1) y la de Joaquín (Jr 1,3) (Meguilá 10b).

Cómo leer Ester con las adiciones griegas en su lugar

N.º	Pasaje (esta edición)	Qué se lee
1	11,2 – 12,6	El sueño de Mardoqueo y la conjura de los eunucos (A)
2	1,1 – 3,13	Asuero y Vasti; Ester, reina; Amán y el decreto
3	13,1-7	La carta de Amán contra los judíos (B)
4	3,14 – 4,8	El luto de los judíos; el recado de Mardoqueo
5	15,1-3	«Acuérdate del tiempo en que te hallabas en estado humilde» (dentro del 4,8 griego)
6	4,9-17	La decisión de Ester
7	13,8 – 14,19	Las oraciones de Mardoqueo y de Ester (C)
8	15,4-19	Ester ante el rey (D, en lugar de 5,1-2)
9	5,3 – 8,12	Los banquetes, la noche sin sueño, la caída de Amán
10	16,1-24	La carta del rey en favor de los judíos (E)
11	8,13 – 10,3	La victoria, la fiesta de Purim, la grandeza de Mardoqueo
12	10,4-13	La explicación del sueño (F)
13	11,1	La nota sobre la traducción griega, final del libro (F)

San Jerónimo tradujo el hebreo (1,1 – 10,3) y reunió al final lo que solo halló en griego, con breves notas que dicen dónde estaba cada pasaje; se citan en las notas a 10,4, 11,2, 13,1, 13,8, 15,1, 15,4 y 16,1. Las letras A-F son las de muchas Biblias modernas. La Neovulgata y el Leccionario ponen estos pasajes en su lugar y los numeran con letras añadidas al versículo (1,1a-k; 3,13a-g; 4,8a; 4,17a-kk; 5,2a-p; 8,12a-cc; 10,3a-k), con algunas frases de la antigua versión latina; no traen la conjura de 12,1-6 ni la nota final (11,1). Ver «Antes de empezar».

La corte de Asuero

El libro dice	Lo que se sabe, en general
Asuero reina «desde la India hasta la Etiopía» (1,1)	Jerjes I (486-465 a. C.); las inscripciones reales cuentan el Indo y Kush entre los confines del imperio
Ciento veintisiete provincias (1,1; 8,9)	Heródoto cuenta veinte satrapías (III, 89); Daniel, ciento veinte sátrapas (Dn 6,2)
Susa, la ciudadela (1,2)	Antigua capital de Elam, con un palacio de Darío I; otras residencias: Persépolis, Ecbatana, Babilonia
Siete consejeros «que veían la cara del rey» (1,14)	Esd 7,14; los siete nobles entraban sin ser anunciados (Heródoto III,84)
Leyes que no se revocan (1,19; 8,8)	También en Dn 6,9.13.16; sin pruebas claras fuera de la Biblia
Muerte a quien entra sin ser llamado (4,11)	Tratar con el rey solo por mensajeros, regla atribuida al medo Deyoces (Heródoto I,99)
Correos a toda prisa (3,13.15; 8,14)	El correo real de postas, un jinete por jornada (Heródoto VIII,98)
El anillo y los anales del rey (3,10; 6,1)	Sellos reales; archivos y crónicas (Esd 4,15; 6,1-2)
Vasti; Ester, una judía (1,9; 2,17)	Heródoto llama Amestris a la reina y dice que el rey se casaba en las siete familias nobles (VII,114; III,84)
Dat, partemim, patshegen, pur	Palabras persas («ley», «nobles», «copia») y una acadia, puru, «suerte»

El autor conoce bien la corte persa, pero cuenta con libertad de narrador (ver el ensayo de este capítulo). Los reyes persas, en el cuadro de Esd 4.

PARA PROFUNDIZAR

¿Historia o relato? Asuero, Susa y el género del libro de Ester

El libro de Ester conoce bien la Persia que describe. Su rey, Asuero, es Jerjes I (486-465 a. C.), hijo de Darío, el que invadió Grecia y fue derrotado en Salamina (480) y Platea (479); su corte está en Susa, una de las capitales del imperio, donde Darío había construido un gran palacio. El autor sabe que los reyes daban banquetes de muchos días, que sus consejeros más cercanos «veían la cara del rey» (1,14; compara Esd 7,14), que un correo de postas llevaba los decretos a todas las provincias, cada una en su lengua y su escritura (1,22; 3,12-15), que los documentos se autenticaban con el anillo del rey (3,10) y que los reyes guardaban crónicas de su reinado (2,23; 6,1). Usa palabras persas de la administración, como dat, «ley», partemim, «nobles», o patshegen, «copia», y la acadia pur, «suerte» (ver el cuadro «La corte de Asuero»).

Otros datos encajan peor, y conviene decirlo con sencillez. Heródoto llama Amestris a la esposa de Jerjes (VII,114; IX,108-113) y afirma que el rey debía casarse con mujeres de las siete familias que habían llevado a Darío al trono (III,84); el mismo historiador cuenta veinte satrapías, no ciento veintisiete provincias (III,89). Si Mardoqueo fue deportado con Jeconías en el 597 (2,6), tendría más de cien años bajo Jerjes (ver nota a 2,5). Extraña que un decreto de exterminio se publique con once meses de anticipación, y fuera de la Biblia no hay pruebas claras de una ley que impidiera al rey revocar sus propios decretos (1,19; 8,8; Dn 6,9). Las cifras, como los setenta y cinco mil muertos de 9,16 (quince mil en

el griego), son redondas y grandiosas. A cada dificultad se le han buscado respuestas: en el siglo XIX se llegó a sugerir, por ejemplo, que Vasti fuera Amestris, apartada por un tiempo del primer puesto.

Por eso las lecturas difieren. La Enciclopedia Católica de 1909 informaba que la mayoría de los católicos tenía entonces el libro por «histórico en sustancia y en detalle», y apoyaba esa opinión en la precisión de nombres y fechas, en las referencias a los anales persas y en la antigüedad de la fiesta de Purim; añadía que muchos críticos lo consideraban histórico en lo sustancial, aunque adornado con detalles dramáticos. Muchos estudiosos leen hoy Ester como un relato de la diáspora con un fondo persa bien conocido, escrito para enseñar y para explicar el origen de Purim: la Biblia de los obispos de Estados Unidos (NABRE) lo llama en su introducción «una composición libre».

La Iglesia no obliga a elegir una de estas opiniones, pero pide algo más exigente: buscar lo que el autor sagrado quiso afirmar, atendiendo a los géneros literarios y a los modos de narrar de su tiempo, porque la Escritura enseña sin error la verdad que Dios quiso consignar en ella para nuestra salvación (Dei Verbum 11-12). La Comisión Bíblica aplicó ese criterio al libro de Tobías, al que describe como «una fábula religiosa popular con una finalidad didáctica y edificante» (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 109); no habla de Ester, pero su método vale también aquí. Decir que un libro es un relato no es decir que sea falso, sino preguntarse qué clase de verdad cuenta.

El libro, además, está escrito con mucho arte. Empieza con una fórmula que, según el Talmud, anuncia desgracias (ver el recuadro). Avanza de banquete en banquete: la palabra mishté, «banquete», aparece unas veinte veces (ver el cuadro del capítulo 5). Está lleno de ironías: un imperio entero se moviliza para que las mujeres obedezcan a sus maridos, y la ley regula hasta la bebida (1,8). La negativa de Vasti abre la historia sin que el narrador la juzgue: Josefo pensó que se negó por pudor, según las leyes persas; el Talmud la trató con dureza, y muchos lectores modernos ven en ella a una mujer que defiende su dignidad. Al narrador le importa el vacío que deja y quién lo ocupará.

Sea cual sea el juicio sobre cada detalle, lo que el libro enseña no cambia: que el destino de un pueblo pequeño no está en manos de un rey caprichoso ni de un ministro cruel; que Dios, aun sin ser nombrado, guía la historia a través de personas que se arriesgan; y que la memoria de una salvación se convierte en fiesta. El griego lo dirá en voz alta: «Esto es obra de Dios» (10,4).

PAUSA

1. Vasti dijo «no» a una orden que la humillaba. ¿Hay alguna situación en la que tu dignidad te pide decir que no, aunque cueste?
2. El rey pasó medio año exhibiendo su riqueza. ¿Qué cosas exhibes tú para sentirte importante?
3. Una decisión tomada con enojo y con vino se volvió ley irrevocable. ¿Qué decisiones tomas en caliente que después no puedes deshacer?

Para orar. *Señor, Rey de reyes, líbrame de buscar mi propia gloria y enséñame a vivir delante de ti con sencillez.*

2

Ester, reina

Pasada la cólera, el rey se acuerda de Vasti, y sus criados proponen buscar una nueva reina entre las doncellas del imperio. Entra en escena Mardoqueo, un judío de la tribu de Benjamín que ha criado a Ester, huérfana. Llevada al harén, Ester gana el favor de todos sin pedir nada, calla su origen y es coronada reina. El capítulo tiene tres partes: la búsqueda (vv. 1-4), Mardoqueo y Ester hasta la coronación (vv. 5-18) y la conjura que Mardoqueo descubre (vv. 19-23), un servicio que queda escrito en los anales y que el rey olvida.

Se busca una reina

[1] Pasadas así estas cosas, luego de calmada la cólera del rey
Asuero, se acordó éste de Vasti, y de lo que había hecho, y
de su castigo [1]. [2] Por lo cual los criados y ministros del rey
dijeron: Búsquense para el rey jovencitas, que sean vírge-
nes y hermosas; [3] enviando por todas las provincias perso-
nas que escojan doncellas vírgenes y de buen parecer, y las
traigan a la ciudad de Susán, al palacio de las mujeres [2],
entregándolas al cuidado del eunuco Egeo, superintenden-
te y guarda de las mujeres del rey, y déseles allí cuanto sea
necesario para su ornato mujeril y lo demás que hubiere
menester, [4] y la que entre todas sea más del agrado del rey,

ésa será la reina en lugar de Vasti [3]. Pareció bien al rey la proposición, y mandó que se ejecutase así como se lo habían sugerido.

Mardoqueo y Ester

5 Moraba en la ciudad de Susán cierto varón judío llamado Mardoqueo [4], hijo de Jair, hijo de Semei, hijo de Cis, del linaje de Jémini [5], 6 el cual había sido llevado de Jerusalén [6], cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia, llevó cautivo a Jeconías, rey de Judá. 7 Había Mardoqueo criado a Edisa [7], hija de un hermano suyo [8], llamada por otro nombre Ester, huérfana de padre y madre, en extremo hermosa y de lindo parecer, a la cual, así que se le murieron los padres, adoptó por hija suya [9].

8 Divulgada la orden del rey, como fuesen conducidas según la real disposición muchas hermosas vírgenes a Susán, y entregadas al eunuco Egeo, le fue también entregada entre las demás doncellas Ester, para ser guardada con las otras. 9 Esta se llevó las atenciones de Egeo, y cayó en gracia a sus ojos; y así mandó a otro eunuco que le aprontase luego los adornos mujeriles, y le diese lo que le correspondía, con siete muchachas de las más bien parecidas [10] en la casa real para servirla, y que cuidase del adorno y buen trato, así de ella como de sus criadas. 10 Ester no le descubrió su nación, ni patria [11]; pues Mardoqueo le había prevenido que por ningún caso hablase de eso. 11 Paseaba

éste todos los días por delante del patio de la casa en la que se custodiaban las vírgenes escogidas, cuidadoso de la salud de Ester, y deseoso de saber lo que le sucedería.

Ester, reina

12 Al llegar el tiempo en que cada una de las doncellas, por
su orden, debía ser presentada al rey, después de haber
practicado todo lo que se requería para su adorno mujeril,
corría ya el mes duodécimo; porque durante seis meses se
ungían con óleo de mirra [12], y por espacio de otros seis
usaban de ciertos afeites y perfumes. 13 Y cuando habían
de ser presentadas al rey, se les daba todo cuanto pedían
para su adorno; y engalanadas como mejor les parecía, pa-
saban del convictorio de las mujeres a la cámara del rey.
14 Y la que había entrado por la tarde salía por la mañana; y
de allí era conducida a otro departamento, de que cuidaba
el eunuco Susagazi, que tenía el gobierno de las mujeres
secundarias [13] del rey; y no podía ya ella volver más al rey,
si el rey no lo deseaba, y no la mandaba venir expresamen-
te. 15 Pasado, pues, un cierto tiempo, se acercaba ya el día
en que debía ser presentada al rey Ester, hija de Abihail,
hermano de Mardoqueo, quien se la había prohijado. No
pidió Ester adornos mujeriles [14], sino que el eunuco Egeo,
a cuyo cuidado estaban las doncellas, le dio para adornar-
se lo que él quiso. Porque era de extremada hermosura e

increíble belleza, y así parecía graciosa y amable a los ojos de todos.

16 Fue, pues, conducida a la cámara del rey Asuero, el mes décimo, llamado Tebet, el séptimo año de su reinado [15].
17 Y el rey quedó prendado de ella más que de todas las otras mujeres, y le cayó Ester en gracia, y obtuvo su favor sobre todas las demás; y la puso en la cabeza la corona real [16], declarándola reina en lugar de Vasti. 18 Mandó en seguida disponer un esplendidísimo convite para todos los grandes y cortesanos suyos con motivo del matrimonio y bodas con Ester; y concedió alivio de algunos tributos a todas las provincias [17]; y distribuyó dones con una magnificencia digna de tal príncipe.

Mardoqueo descubre una conjura

19 Mientras por segunda vez se buscaron y reunieron vírgenes [18] para el rey, estaba Mardoqueo continuamente a la puerta del rey. 20 Ester, siguiendo la prevención de Mardoqueo, no había descubierto todavía ni su patria, ni su nación. Porque ella hacía puntualmente cuanto le prescribía Mardoqueo; y se portaba en todo como había acostumbrado siendo niña, cuando su tío la educaba [19].

21 En aquel tiempo, pues, en que Mardoqueo estaba en la puerta del rey, Bagatán y Tarés, dos eunucos del rey [20] que tenían a su cuidado la custodia de la puerta, y mandaban

en la primera entrada del palacio, descontentos con el rey, pensaron en levantarse contra él, y matarlo. 22 Lo que oído
por Mardoqueo, lo comunicó inmediatamente a la reina
Ester, la cual dio parte al rey en nombre de Mardoqueo 21,
por quien había sido informada de la conjuración. 23 Se
hizo la pesquisa, y se averiguó que era cierta la cosa; con lo
que ambos fueron colgados en un patíbulo 22. Este suceso
fue registrado en las historias, y escrito en los anales, a
presencia del rey.

¿Sabías que?

Jean Racine, que se había retirado del teatro, escribió *Esther* a petición de Madame de Maintenon, la esposa secreta de Luis XIV, para que la representaran las alumnas del colegio de Saint-Cyr, fundado por ella para educar a muchachas nobles sin recursos. Es una tragedia en tres actos con coros cantados. Se estrenó ante el rey y la corte en enero de 1689, y tras su éxito Racine escribió para el mismo colegio *Athalie* (ver 2 Re 11). Se dijo entonces que la humilde Ester era un retrato de la propia Maintenon, y la altiva Vasti, de la antigua favorita del rey.

PAUSA

1. Mardoqueo adoptó a Ester cuando se quedó huérfana. ¿Quién te «crió» en la fe, y cómo podrías agradecérselo?
2. Ester no pidió nada para sí y se dejó aconsejar. ¿Sabes pedir consejo a quien conoce mejor el camino?
3. El servicio de Mardoqueo quedó escrito, pero olvidado. ¿Te cuesta hacer el bien cuando nadie lo reconoce?

Para orar. *Señor, padre de los huérfanos, guarda a los que no tienen a nadie y haz de mí un instrumento de tu cuidado.*

3

Amán y el decreto contra los judíos

El que salvó la vida del rey queda sin premio, y el que asciende es otro: Amán, «del linaje de Agag». Todos se arrodillan ante él menos Mardoqueo, y la ofensa de un solo hombre despierta en Amán el deseo de exterminar a todo su pueblo. El capítulo avanza en tres pasos: la negativa de Mardoqueo (vv. 1-6), la suerte y la calumnia ante el rey (vv. 7-11) y el decreto que sale hacia todas las provincias (vv. 12-15). Termina con una imagen terrible: el rey y Amán se sientan a beber mientras la ciudad llora.

Mardoqueo no se arrodilla

1 Después de esto el rey Asuero ensalzó a Amán [1] hijo de
Amadati, que era del linaje de Agag [2], y le dio asiento su-
perior al de todos los grandes señores, que tenía cerca de
él. 2 Todos los criados del rey que frecuentaban las puertas
de palacio, doblaban la rodilla, y adoraban a Amán [3]; pues
así lo había mandado el soberano. Sólo Mardoqueo no do-
blaba la rodilla, ni le adoraba [4]. 3 Le dijeron, pues, los
criados del rey, que mandaban en las puertas del palacio:
¿Cómo es que no observas la orden del rey, distinguiéndo-
te entre todos los demás?

4 Y como se lo repitiesen varias veces, y él no quisiese hacer caso [5], dieron aviso a Amán, deseando probar si persistiría siempre en su resolución; porque les había dicho que él era judío [6]. 5 Amán, recibido el aviso, y certificado por la experiencia de que Mardoqueo ni le doblaba la rodilla, ni lo adoraba, montó en gran cólera [7]. 6 Pero consideró en nada vengarse de sólo Mardoqueo [8], pues había oído ser judío de nacimiento, y quiso más bien exterminar toda la nación de judíos que vivían en el reino de Asuero.

La suerte y la calumnia

7 Así, en el mes primero, llamado Nisán, el año duodécimo del reinado de Asuero, se echaron delante de Amán en una urna las suertes, llamadas en hebreo Fur [9], para saber el día y mes en que debería ser entregada a la muerte la nación de los judíos, y salió el mes duodécimo llamado Adar [10]. 8 Entonces Amán fue y dijo al rey Asuero: Hay un pueblo esparcido por todas las provincias de tu reino [11], gentes separadas unas de otras [12], que observan leyes y ceremonias desconocidas, y lo que es más, desprecian las órdenes del rey; y tú sabes muy bien no ser conveniente a tu reino tolerar su insolencia. 9 Si te parece bien, decreta que perezcan; que yo entraré, en dinero contante, diez mil talentos [13] en las arcas de tu tesorería.

10 Entonces el rey se quitó del dedo el anillo [14], de que se servía para sellar, y se lo entregó a Amán, hijo de Amadati,

del linaje de Agag, enemigo de los judíos [15], [11] y le dijo: Ese dinero que prometes sea para ti [16]. Por lo que toca a ese pueblo, haz lo que te parezca.

El decreto de exterminio

[12] Fueron, pues, llamados los secretarios del rey el primer mes, llamado Nisán, el día trece del mismo mes [17]; y escribieron en nombre del rey Asuero, según la orden de Amán, a todos los sátrapas del rey, y a los jueces de las provincias y de las diversas naciones según la variedad de las lenguas [18], para que cada nación pudiese leer el edicto y entenderlo; y las cartas, selladas con el anillo del rey, [13] fueron despachadas por sus correos reales a todas las provincias, para que matasen y exterminasen a todos los judíos [19], mozos y viejos, niños y mujeres, en un mismo día, esto es, el trece del mes duodécimo, llamado Adar, y saqueasen sus bienes. [14] Y esto es lo que contenían las cartas [20], para que los sujetos de todas las provincias quedasen informados y estuviesen apercibidos para el día dicho. [15] Los correos expedidos fueron a toda prisa [21] a cumplir la orden del rey; y se fijó luego en Susán el edicto, a tiempo que el rey y Amán celebraban un banquete [22], y mientras todos los judíos que había en la ciudad se deshacían en lágrimas.

¿Sabías que?

El Talmud contrapone dos pesos de plata. Amán ofrece al rey diez mil talentos por la muerte de los judíos (3,9); pero, dice Resh Laquish, Dios sabía de antemano que Amán iba a pesar siclos contra Israel, y por eso hizo que los siclos de Israel llegaran antes: cada año, el 1 de Adar, se anunciaba en todo el país la ofrenda del medio siclo para el templo (Meguilá 13b; Misná, Siclos 1,1). Era el rescate que la Ley pedía a cada israelita (Éx 30,11-16), el mismo tributo del templo que Jesús pagó por sí y por Pedro con la moneda hallada en la boca del pez (Mt 17,24-27). El dinero del odio llega tarde: el pueblo ya se había puesto en manos de Dios.

Las fechas del libro de Ester

Fecha	Qué pasa	Cita
Año 3 de Asuero	El banquete de ciento ochenta días; Vasti, depuesta	1,3-4
Año 7, mes 10 (Tebet)	Ester, reina (en los Setenta, el mes 12)	2,16-17
Año 12, mes 1 (Nisán)	Se echa el pur ante Amán	3,7
13 de Nisán	Se escribe el decreto contra los judíos	3,12
Tres días	El ayuno de los judíos de Susa y de Ester	4,16
«Al tercer día»	Ester se presenta ante el rey	5,1; 15,4
Aquella noche	El rey no duerme y se hace leer los anales	6,1
23 de Siván	Se escribe el decreto de Mardoqueo	8,9
13 de Adar	El día fijado para la matanza, que se vuelve del revés (el 14 en la carta griega)	3,13; 13,6; 8,12; 16,20; 9,1
14 de Adar	Descanso y fiesta en las provincias	9,17.19
15 de Adar	Descanso y fiesta en Susa	9,18
Año 2, 1 de Nisán	El sueño de Mardoqueo, que abre el libro griego	11,2
Año 4 de Ptolomeo	La carta de Purim llega en griego, quizá a Egipto	11,1

Nisán corresponde a marzo-abril; Siván, a mayo-junio; Tebet, a diciembre-enero; Adar, a febrero-marzo. Si Asuero es Jerjes I (486-465 a. C.), los años 3, 7 y 12 serían, más o menos, el 483, el 479 y el 474. La suerte de 3,7 deja once meses entre el decreto y el día fijado. El sueño del «año segundo» (11,2) no se armoniza en el griego con el relato hebreo. Purim se celebra el 14 de Adar, y el 15 en Susa y en las ciudades amuralladas (9,19.21).

PARA PROFUNDIZAR

Amán el agagita: el odio a un pueblo

Amán entra en la historia con una sola seña de identidad: es «agagita» (3,1). Para un lector judío, la palabra evocaba a Agag, el rey de Amalec al que Saúl perdonó la vida contra la orden de Dios (1 Sam 15), y a Amalec, el pueblo que atacó a Israel por la espalda en el desierto y cuya memoria debía ser borrada (Éx 17,8-16; Dt 25,17-19). Mardoqueo, en cambio, desciende de Cis, el padre de Saúl (2,5). El narrador no lo explica, pero la vieja historia vuelve a escena en Susa. El Talmud lo leyó así: los sabios aceptaron incluir el libro de Ester en las Escrituras cuando entendieron que era una de las veces que la Biblia mandaba «escribir» la memoria de Amalec (Meguilá 7a), y la sinagoga lee Dt 25 el sábado anterior a Purim (ver Dt 25 y el ensayo de 1 Sam 15). El enemigo cambia de nombre con los tiempos: en griego, Amán es «bugeo» (12,6) y, en la segunda carta del rey, «macedonio» (ver nota a 16,10).

El conflicto empieza con un gesto: todos se arrodillan ante Amán, menos Mardoqueo (3,2). El texto hebreo no da la razón. Josefo dijo que Mardoqueo era demasiado fiel a las leyes de su pueblo para adorar a un hombre; el griego pondrá la explicación en su oración: «he temido trasladar a un hombre el honor debido a mi Dios» (13,14; ver nota a 13,12). Lo que el texto sí subraya es la desproporción de la respuesta: a Amán le pareció poco vengarse de un hombre, y quiso exterminar a todo su pueblo (3,6). Así nace el odio colectivo: una ofensa personal se descarga sobre todos los que comparten el origen del ofensor.

La calumnia ante el rey (3,8) es un modelo del género, y el Talmud lo reconoció: «nadie sabía calumniar como Amán» (Meguilá 13b). No nombra al pueblo: dice «hay un pueblo», sin rostro. Empieza con hechos verdaderos presentados como sospechosos: está «esparcido y separado» (am ejad mefuzar u-meforad) entre los demás y tiene sus propias leyes. Añade una mentira: «desprecian las órdenes del rey», cuando un judío acaba de salvarle la vida (2,21-23). Y concluye con un argumento de utilidad: al rey no le conviene tolerarlos. El precio completa el cuadro: diez mil talentos para el tesoro (3,9), pagados con los bienes de las víctimas (3,13). El rey ni siquiera pregunta de quién se trata (3,11). La carta griega llevará la acusación al extremo: «una sola nación se opone a todo el género humano» (13,5; ver nota a 13,4); la segunda carta del mismo rey la desmentirá y llamará a los judíos «hijos del Dios altísimo» (ver nota a 16,16).

La Pontificia Comisión Bíblica, al estudiar el lugar del pueblo judío en la Biblia cristiana, recuerda que en la Antigüedad los judíos fueron acusados a menudo de ser «un pueblo aparte», y cita este versículo, el texto griego de la carta de Amán y a Tácito (Historias 5,5) (El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana, 2001, nota 336). La tradición judía hizo de Amán la figura de todos los perseguidores; en Purim es costumbre ahogar con ruido su nombre cada vez que se lee. En el siglo XX, la acusación de Amán (un pueblo distinto, disperso, inasimilable, peligroso) se repitió en Europa con consecuencias que no se pueden olvidar.

La Iglesia lee esta página con esa memoria. El concilio Vaticano II «deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antise-

mitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos» (Nostra aetate 4), y el Catecismo recuerda, con san Pablo, que a Israel pertenecen la adopción, la alianza y las promesas, porque «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (n. 839; Rom 9,4-5; 11,29). Hay una ironía en ello: en Ester todo gira en torno a un decreto que no se puede revocar (8,8), pero más firme que las leyes de los persas es la fidelidad de Dios a su pueblo. Para el cristiano, además, la respuesta al odio no es otro odio: Jesús manda amar a los enemigos (Mt 5,43-48), y san Pablo exhorta a vencer el mal con el bien (Rom 12,21). Amán no tuvo la última palabra; tampoco la tendrán sus imitadores.

PAUSA

1. Mardoqueo no dobló la rodilla ante Amán. ¿Ante qué poderes o modas de tu tiempo te piden arrodillarte?
2. Amán pasó de la ofensa de un hombre al odio a un pueblo. ¿Juzgas a veces a todo un grupo por lo que te hizo una persona?
3. El rey entregó un pueblo sin preguntar siquiera su nombre. ¿Qué decisiones tomas sin mirar a la cara a quienes afectan?

Para orar. *Señor, guarda mi corazón del odio y mi boca de la calumnia, y dame valor para no adorar a nadie sino a ti.*

4

«¿Quién sabe si por eso has llegado a ser reina?»

El decreto llega a Susa y a las provincias, y el luto se extiende entre los judíos. Mardoqueo, vestido de saco, clama ante el palacio; Ester, en sus habitaciones, se entera por sus criadas. El capítulo está hecho de recados que van y vienen por medio del eunuco Atac: Mardoqueo pide a Ester que interceda; ella recuerda la ley que castiga con la muerte a quien se presenta ante el rey sin ser llamado; él responde con la pregunta que da sentido al libro. Ester decide: ayuno, oración y riesgo.

El luto de los judíos

1 Habiendo sabido esto Mardoqueo, rasgó sus vestidos, y se
vistió de un saco o cilicio [1], esparciendo ceniza sobre su
cabeza; y en medio de la plaza de la ciudad clamaba en alta
voz, manifestando la amargura de su corazón [2]; 2 y con es-
tos alaridos iba hasta las puertas de palacio. Porque no era
lícito que uno vestido de cilicio entrase dentro del palacio
real [3]. 3 Asimismo en todas las provincias, ciudades y pue-
blos, a donde había llegado el cruel edicto del rey, era
grande la consternación de los judíos; ayunaban, pro-

rrumpían en alaridos y lamentos [4], usando muchos de cilicio y ceniza en lugar de cama [5].

Los recados entre Ester y Mardoqueo

[4] Y las camaristas de Ester [6], y los eunucos, entraron a darle parte. La cual, al oírlo quedó consternada. Y envió un vestido a Mardoqueo, para que quitándose el saco, se lo vistiese; pero Mardoqueo no quiso recibirlo. [5] Entonces ella llamó a Atac, eunuco que el rey le había dado para servirle [7], y lo mandó ir a Mardoqueo a fin de informarse de él por qué hacía tales cosas. [6] Salió, pues, Atac, y fue a encontrar a Mardoqueo, que estaba en la plaza de la ciudad, delante de la puerta de palacio; [7] el cual lo informó de todo lo ocurrido, y cómo Amán había prometido meter una gran suma de dinero en el tesoro del rey por la mortandad de los judíos. [8] Le dio también copia del edicto fijado en Susán [8], a fin de que lo mostrase a la reina, y la exhortase a presentarse al rey, para interceder por su pueblo.

[9] Vuelto Atac, refirió a Ester todo lo que Mardoqueo le había dicho. [10] Y le mandó ella que llevase la siguiente respuesta a Mardoqueo: [11] Todos los criados del rey y todas las provincias sujetas a su imperio saben que cualquier hombre o mujer, que, sin ser llamados, entraren en el cuarto interior del rey [9], al punto sin remisión alguna deben ser muertos; a no ser que el rey extienda hacia ellos su cetro

de oro en señal de clemencia, salvándoles así la vida. Esto supuesto, ¿cómo podré yo entrar al rey, habiéndose ya pasado treinta días que no he sido llamada a su presencia [10]?
[12] Lo que oyendo Mardoqueo,

[13] envió todavía a decir esto a Ester: No pienses que por estar en el palacio del rey podrás tú sola salvar la vida [11] entre todos los judíos; [14] porque si ahora callares, los judíos se salvarán por algún otro medio [12]; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si por eso has llegado a ser reina [13], para que pudieses servirnos en este trance?

La decisión de Ester

[15] Ester entonces envió esta respuesta a Mardoqueo:
[16] Anda enhorabuena y junta todos los judíos que hallares en Susán, y haced oración por mí [14]; no comáis ni bebáis en tres días y en tres noches [15], que yo con mis criadas ayunaré igualmente [16]; y en seguida me presentaré al rey, contraviniendo la ley, pues entraré sin ser llamada, y exponiéndome al peligro y a la muerte [17]. [17] Con esto Mardoqueo se retiró, e hizo todo lo que Ester le había ordenado [18].

¿Sabías que?

El Oficio de lectura lee el libro de Ester durante la 29.ª semana del tiempo ordinario, y la segunda lectura de esos días es la carta de san Agustín a Proba, una viuda noble y rica que le había preguntado cómo orar (Carta 130, del año 412). El martes, después del luto de los judíos y la decisión de Ester (4,1-16), la Iglesia lee su comentario al padrenuestro. En esa carta, Agustín explica que orar sin cesar es desear sin cesar la vida feliz que solo Dios da (9,18), recuerda que el ayuno y las vigilias ayudan mucho a la oración y termina pidiendo, como Ester, que oren por él (16,31).

PARA PROFUNDIZAR

«Para un tiempo como este»: la decisión de Ester

El capítulo 4 es el centro del libro, y está construido con pocos elementos: un decreto, un luto, un mensajero que va y viene, y una mujer que tiene que decidir. Primero, el luto: Mardoqueo con saco y ceniza a la puerta del palacio, y los judíos de todas las provincias ayunando y llorando (4,1-3). Después, los recados por medio de Atac (4,4-12): Ester intenta que Mardoqueo se quite el saco; él le envía el decreto y le pide que interceda; ella le recuerda la ley que castiga con la muerte a quien se presenta ante el rey sin ser llamado. Luego, el gozne: la respuesta de Mardoqueo (4,13-14). Y por fin, la decisión (4,15-17). Al empezar el capítulo, Ester obedece a Mardoqueo, como siempre (2,20); al terminar, es

él quien hace «todo lo que Ester le había ordenado» (4,17). En pocas líneas, la muchacha se ha convertido en la protagonista.

Lo más llamativo es lo que el texto hebreo no dice. Hay ayuno, hay lágrimas, hay una salvación que vendrá «de otro lugar» (mimaqom ajer, 4,14), pero no se nombra a Dios ni se habla de oración. La Vulgata traduce «por algún otro medio», y Josefo lo entendió sin dudar: «les vendría ayuda de Dios de algún otro modo» (Antigüedades XI,6,7). Mardoqueo está seguro de que su pueblo no desaparecerá; lo que no sabe es qué papel tendrá Ester. La traducción griega, en cambio, pondrá a continuación las oraciones de Mardoqueo y de Ester, en las que todo se dice en voz alta (13,8 – 14,19; ver notas a 13,8 y 14,1). Las dos formas del libro se complementan: el hebreo enseña a reconocer a Dios en el silencio; el griego, a hablarle en el peligro.

La frase central es una pregunta: «¿Y quién sabe si por eso has llegado a ser reina?» (4,14). El hebreo dice «para un tiempo como este» (le-et kazot). La vocación se presenta como un tiempo, no como un privilegio: todo tiene su hora bajo el cielo (Qo 3,1), y Dios envió a su Hijo «en la plenitud del tiempo» (Gál 4,4). Y se presenta con humildad: «¿quién sabe?» es la pregunta de Joel y de Jonás cuando llaman a ayunar (Jl 2,14; Jon 3,9). Mardoqueo no promete el éxito; sugiere que la belleza, el harén, la corona y el silencio sobre su origen tenían un sentido que solo ahora se descubre. La advertencia que lo precede es severa: el palacio no la salvará (4,13). Quien recibe un lugar privilegiado lo recibe para los demás.

La respuesta de Ester tiene tres partes. Pide la ayuda de su pueblo: «haced oración por mí», dice la Vulgata, donde el hebreo dice «ayunad por mí» (4,16). Ayuna ella misma, con sus doncellas, tres días; el ayuno, en la Biblia, es la forma en que el cuerpo suplica (Jl 2,12-17; Mt 6,16-18). Y acepta el riesgo: «y si perezco, que perezca», que Torres Amat traduce «exponiéndome al peligro y a la muerte». Los primeros cristianos vieron en ella un modelo. San Clemente Romano escribe que Ester, «perfecta en la fe», se expuso al peligro para salvar a las doce tribus, y que con ayuno y humillación suplicó al Dios que todo lo ve (Carta a los Corintios 55). Clemente de Alejandría añade que «una mujer sola, afligida por los ayunos», detuvo diez mil manos armadas con su oración perfecta a Dios (Stromata IV,19).

La lectura cristiana ve en Ester una intercesora que se arriesga por los suyos. «Interceder, pedir en favor de otro, es, desde Abraham, lo propio de un corazón conforme a la misericordia de Dios», enseña el Catecismo (n. 2635), y no hay amor más grande que dar la vida por los amigos (Jn 15,13). La tradición vio también en la reina que intercede ante el rey una figura de María (ver el ensayo del capítulo 15). Y cada lector puede hacerse la pregunta de Mardoqueo: ¿para qué tiempo como este me ha puesto Dios donde estoy?

PAUSA

1. «¿Quién sabe si por eso has llegado a ser reina?» ¿Para qué «tiempo como este» te ha puesto Dios donde estás?
2. Ester pidió a los suyos que ayunaran y oraran por ella antes de arriesgarse. ¿A quién pides oración antes de tus decisiones difíciles?
3. Mardoqueo le recordó que el palacio no la salvaría. ¿Qué privilegios tuyos podrían servir a los demás?

Para orar. *Señor, Dios escondido y presente, dame valor para hablar cuando callar sería más cómodo.*

5

Ester ante el rey

Al tercer día de ayuno, Ester se juega la vida. El hebreo cuenta en dos versículos lo que el griego convierte en una escena larga (15,4-19): la reina entra sin ser llamada, y el rey le tiende el cetro y le ofrece la mitad del reino (vv. 1-3). Ella no pide nada todavía: invita al rey y a Amán a un banquete, y allí los invita a otro (vv. 4-8). Luego el relato mira a Amán: sale feliz, ve a Mardoqueo, que no se levanta, y en su casa, aconsejado por su mujer y sus amigos, manda levantar una horca (vv. 9-14). Todo queda preparado para la noche siguiente.

Ester se presenta al rey

1 Al tercer día [1] se vistió Ester las vestiduras reales [2], y
presentándose en la habitación interior del rey, se paró en
la antecámara de la sala en que estaba el rey sentado en su
trono, colocado en el fondo de la sala, frente a la puerta.
2 Y habiendo visto a la reina Ester parada, la miró con
agrado [3], y alargó hacia ella el cetro de oro [4], que tenía en
la mano. Se acercó Ester, y besó la punta del cetro real. 3 Le
dijo entonces el rey: ¿Qué es lo que quieres, reina Ester?
¿Qué petición es la tuya? Aun cuando me pidieres la mitad
del reino [5] se te dará.

4 A lo que respondió ella: Si place al rey, suplico que venga
hoy a mi habitación al convite que tengo preparado, y lle-
ve consigo a Amán [6]. 5 Al instante dijo el rey: Llamad lue-
go a Amán, para que cumpla lo que dispone Ester [7]. Fue-
ron, pues, el rey y Amán al convite que les había dispuesto
la reina. 6 Y el rey, después que bebió vino con
abundancia [8], dijo a Ester: ¿Qué cosa quieres que te man-
de dar? ¿Cuál es tu pretensión? Aunque pidieres la mitad
del reino te la otorgaré. 7 Respondió Ester: Mi petición y
mis ruegos son éstos [9]: 8 Si yo he hallado gracia delante
del rey, y si el rey tiene a bien concederme lo que pretendo
y el condescender a mi súplica, venga el rey, y con él
Amán, a otro convite que les he dispuesto, y mañana ex-
pondré al rey mis deseos [10].

La horca de Amán

9 Con esto salió aquel día Amán muy contento y alegre.
Mas como viese a Mardoqueo sentado ante las puertas de
palacio, y que no sólo no se había levantado para hacerle
acatamiento, sino que ni siquiera se había movido del
asiento en que estaba, se irritó sobremanera [11]. 10 Pero di-
simulando la ira [12], vuelto a su casa, convocó a sus amigos
y a Zarés, su esposa [13]. 11 Les hizo presente cuán grandes
eran sus riquezas, la multitud de sus hijos [14] y el alto gra-
do de gloria a que el rey le había elevado sobre los demás
grandes y cortesanos suyos. 12 Y añadió después: Aun la

reina Ester a ningún otro ha llamado al convite que da al
rey sino a mí [15]; y también mañana he de comer en su casa
con el rey. [13] Mas aunque gozo de todas estas satisfacciones, nada me parece que tengo [16] mientras viere al judío
Mardoqueo sentado a la puerta de palacio. [14] Y le respondieron Zarés, su esposa, y los amigos: Manda preparar una
gran viga de cincuenta codos de alto [17], y di mañana al rey
que sea en ella colgado Mardoqueo, y con eso irás contento
con el rey al convite. Le agradó el consejo [18], y mandó preparar un gran madero.

¿Sabías que?

El texto hebreo de Ester no nombra a Dios, pero la tradición judía descubrió su nombre escondido en las letras. En 5,4, las iniciales de las cuatro palabras «venga el rey y Amán hoy» (*yavó ha-mélej ve-Hamán ha-yom*) son las cuatro letras del nombre divino, YHWH. Lo mismo ocurre, con las letras finales o en orden inverso, en 1,20, en 5,13 («todo esto no me vale nada») y en 7,7. Quizá sea casualidad, quizá un juego deliberado; muchos lectores del rollo lo han tomado como un símbolo de todo el libro: Dios no aparece, y sin embargo está escrito entre líneas.

Banquetes y ayunos

Cita	Quién	Qué pasa
1,3-4	Asuero, durante 180 días	Muestra su riqueza a los príncipes y a los jefes del imperio
1,5-8	Asuero, siete días, para todo el pueblo de Susa	Vino en abundancia; nadie está obligado a beber
1,9-12	Vasti, para las mujeres	El rey, «recalentado del vino», la manda llamar, y ella se niega
2,18	Asuero, el banquete de Ester	Celebra a la nueva reina y perdona tributos
3,15	El rey y Amán	Se sientan a beber mientras Susa llora el decreto
4,3.16	Los judíos; Ester y sus criadas	Ayuno de tres días: el anti-banquete en el centro del libro
5,4-8	Ester, primer convite	Invita otra vez al rey y a Amán; aplaza su petición
7,1-9	Ester, segundo convite	Revela su pueblo y acusa a Amán, que cae
8,17	Los judíos de todas las provincias	Banquetes y fiestas por el contradecreto
9,17.19	Los judíos de las aldeas	Fiesta el 14 de Adar, con regalos de comida
9,18	Los judíos de Susa	Fiesta el 15 de Adar
9,22.31	Todo el pueblo, cada año	Purim: banquete, porciones a los vecinos, regalos a los pobres; los ayunos «y clamores»

La palabra hebrea *mishté*, «banquete», de la raíz «beber», sale unas veinte veces en el libro. Ester empieza con los banquetes de un rey que exhibe su poder y termina con la fiesta de un pueblo salvado; en el centro está el ayuno de Ester y de los judíos de Susa (4,16), del que nacen sus dos convites. Los Setenta añaden las oraciones de ese ayuno (13,8 – 14,19).

PAUSA

1. Ester ayunó tres días antes de presentarse al rey. ¿Qué decisión importante de tu vida necesita primero oración?
2. Amán lo tenía todo, y nada le bastaba mientras viera a Mardoqueo. ¿Hay alguien cuya presencia te roba la paz?
3. Ester no lo dijo todo de una vez: supo esperar su momento. ¿Sabes callar a tiempo cuando la prisa lo estropearía todo?

Para orar. *Señor, dame valor para presentarme ante ti y ante los demás cuando está en juego la vida de mis hermanos.*

6

La noche en que el rey no durmió

Es el centro del libro: una noche de insomnio. El rey no puede dormir y se hace leer los anales: allí está escrito que Mardoqueo le salvó la vida y que nunca fue premiado (vv. 1-3). En ese mismo momento llega Amán a pedir la muerte de Mardoqueo, y el rey le pregunta cómo honrar a un hombre; Amán, convencido de que se trata de él, diseña su propio triunfo y tiene que dárselo a su enemigo (vv. 4-11). Vuelve a casa con la cabeza cubierta, y su mujer y sus sabios le anuncian la caída (vv. 12-14). Nadie nombra a Dios, pero todo habla de él.

Los anales del rey

1 Pasó el rey aquella noche sin dormir [1]; por lo que mandó
que le trajesen las historias y los anales del tiempo
pasado [2]. Leyéndoselos, 2 llegaron al lugar donde se halla-
ba escrito [3] cómo Mardoqueo había descubierto la conju-
ración de los eunucos Bagatán y Tarés [4], que querían de-
gollar al rey Asuero. 3 Oído lo cual, dijo el rey: ¿Qué pre-
mio u honor ha recibido Mardoqueo por tanta lealtad? Le
respondieron sus criados y cortesanos: No ha recibido re-
compensa alguna [5]. 4 Inmediatamente dijo el rey: ¿Quién
está en la antecámara? [6] Había entrado Amán en la ante-
cámara más inmediata al cuarto del rey, para sugerirle que

mandase colgar a Mardoqueo en el patíbulo ya preparado.
5 Respondieron los criados: Amán es el que está en la antecámara. Que entre, dijo el rey.

«Así se honra al que el rey quiere honrar»

6 Entrado que hubo, le dijo: ¿Qué debe hacerse con un
hombre a quien el rey desea honrar [7]? Y Amán, pensando
dentro de sí [8] y creyendo que el rey a ningún otro quería
honrar sino a él, 7 respondió: La persona a quien el rey de-
sea honrar, 8 debe ser vestida con vestiduras reales [9], y sa-
lir montada en un caballo de los que el rey monta, y llevar
sobre su cabeza la real corona. 9 Y el primero de los prínci-
pes y grandes de la corte [10] lleve asido del diestro el caba-
llo, y marchando por la plaza de la ciudad publique en alta
voz y diga: Así se honra al que el rey quiere honrar [11]. 10 Le
replicó el rey: Date prisa; y tomando el manto real y el ca-
ballo, todo eso que has dicho ejecútalo con el judío
Mardoqueo [12], el que está a la puerta del palacio. Guárdate
de omitir nada de cuanto has dicho. 11 Tomó, pues, Amán
el manto real y el caballo y habiéndoselo vestido a Mardo-
queo en la plaza de la ciudad, y héchole montar en el caba-
llo, iba caminando delante de él, y gritaba [13]: De tal honor
es digno aquel a quien el rey quiere honrar.

«Has comenzado a caer»

12 Después volvió Mardoqueo a la puerta del palacio a su
destino [14]; y Amán se retiró a toda prisa a su casa, sollo-
zando, y cubierta la cabeza [15]; 13 y contó a Zarés, su esposa,
y a los amigos todo cuanto le había sucedido. A lo que los
sabios, que tenía por consejeros [16], y su esposa le contesta-
ron: Si Mardoqueo, delante de quien has comenzado a
caer, es del linaje de los judíos, no podrás
contrarrestarle [17], sino que acabarás de caer precipitada-
mente en su presencia. 14 Todavía estaban ellos hablando,
cuando llegaron los eunucos del rey, y lo obligaron a ir in-
mediatamente al convite [18] que tenía la reina dispuesto.

¿Sabías que?

El Talmud se divierte imaginando esta escena (*Meguilá* 16a). Amán encontró a Mardoqueo enseñando a los sabios la ofrenda de un puñado de harina, y comentó: «vuestro puñado de harina ha vencido a mis diez mil talentos de plata» (3,9). Mardoqueo no quiso ponerse el vestido del rey sin bañarse y cortarse el pelo; Ester había mandado cerrar los baños y las barberías, y Amán tuvo que hacer de bañero y de barbero. Por el camino, su propia hija, desde un tejado, creyó que el que iba a pie era Mardoqueo y le vació encima un orinal: por eso, dice el Talmud, volvió a casa «cubierta la cabeza» (6,12).

«Se volvió del revés»

Antes	Después
Amán diseña su propio triunfo (6,6-9)	Conduce a Mardoqueo a caballo y pregona su honor (6,10-11)
Prepara el madero para Mardoqueo (5,14)	Lo cuelgan a él en ese madero (7,10)
El anillo del rey, para Amán (3,10)	El anillo del rey, para Mardoqueo (8,2)
Amán presume de su casa y sus riquezas (5,11)	Su casa pasa a Ester, y Mardoqueo la administra (8,1-2)
El decreto de muerte (3,12-15)	El decreto de defensa (8,9-14)
Mardoqueo, con saco y ceniza (4,1)	Con vestido real y corona de oro (8,15)
Susa, consternada (3,15)	Susa, en fiesta (8,15)
Los judíos, en luto y ayuno (4,3)	Luz, alegría, gozo y honra (8,16-17)
Ester esconde su pueblo (2,10.20)	Lo revela ante el rey (7,3-4)
Amán se cubre la cabeza de duelo (6,12)	Le cubren la cara como a un condenado (7,8)
El 13 de Adar, día de la matanza (3,13)	Día de la victoria de los judíos (9,1)
«El llanto y tristeza» (9,22)	«Júbilo y alegría» (9,22)

En 9,1 el hebreo resume el libro con dos palabras, *ve-nahafoj hu*, «y se volvió del revés»; Torres Amat traduce «trocada la suerte». Cada pieza del plan de Amán se vuelve contra él: «el que cava una fosa caerá en ella» (Prov 26,27; Sal 7,16). María canta el mismo revés en el Magníficat: «derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes» (Lc 1,51-53).

PARA PROFUNDIZAR

La noche en que el rey no durmió: la providencia escondida

El capítulo 6 de Ester es una cadena de casualidades. El rey no puede dormir precisamente la noche en que Amán ha levantado la horca. Se hace leer los anales, y la lectura llega justo a la conjura que Mardoqueo descubrió años atrás. Al amanecer entra Amán, que viene a pedir la vida de Mardoqueo, y el rey le pregunta cómo honrar a un hombre. Amán, seguro de que el honrado será él (6,6), diseña un triunfo de rey y tiene que conducirlo a pie, delante de su enemigo. Ninguno hace nada extraordinario, y al acabar la mañana todo ha cambiado de lado.

El hebreo cuenta todo esto sin nombrar a Dios, como el libro entero, que no lo nombra ni cuando se ayuna (4,16) ni cuando Mardoqueo dice que la salvación vendrá «de otro lugar» (4,14). Otros lo dijeron en voz alta. Los Setenta escriben: «el Señor apartó el sueño del rey» (6,1); Josefo, que Dios «se rió de las malvadas esperanzas de Amán» (*Antigüedades* XI,6,10); el Talmud, que aquella noche el que no dormía era el Rey del universo (*Meguilá* 15b). La Iglesia recibe como Escritura las dos voces, la que calla y la que nombra (ver el ensayo del capítulo 11). La que calla enseña que Dios actúa también cuando nadie lo ve: en una noche de insomnio, en un libro de archivo, en la vanidad de un ministro.

Esa acción toma la forma del revés. El libro lo resume con una frase hebrea, *ve-nahafoj hu*, «y se volvió del revés» (9,1; Torres Amat, «trocada la suerte»). El capítulo 6 es la primera vuelta: la honra que Amán quería para sí va a Mardoqueo, y el que salió de

casa «muy contento y alegre» (5,9) vuelve con la cabeza cubierta (6,12). Luego vendrán la horca, el anillo, el decreto y el 13 de Adar (ver el cuadro de este capítulo). El que cava una fosa cae en ella (Sal 7,16; Prov 26,27), y un proverbio da la clave de todo el libro: «las suertes se echan en el regazo, pero la decisión viene del Señor» (Prov 16,33). Amán echó el *pur* para elegir el día de la matanza (3,7); el libro enseña quién decide.

La frase más teológica del capítulo la pronuncian unos paganos: si Mardoqueo «es del linaje de los judíos, no podrás contrarrestarle» (6,13). Sin nombrarlo, reconocen que este pueblo tiene un protector. Es la ironía de Ester: los que saben no hablan de Dios, y los que hablan no saben del todo lo que dicen. Tampoco el rey sabe que lo están llevando. «Como el agua de los canales es el corazón del rey en la mano del Señor: lo dirige adonde quiere» (Prov 21,1). San Agustín citó este proverbio junto con la escena griega de Ester ante el rey (15,10-11) para mostrar que Dios obra en el corazón de los hombres, también en el de los reyes paganos (*De la gracia y el libre albedrío* 21,42).

La fe de la Iglesia llama a esto providencia: Dios conduce su creación hacia su fin y sabe sacar el bien incluso del mal que hacen sus criaturas, sin que el mal deje de serlo (Catecismo, nn. 302 y 312; ver el ensayo de Gn 50 y el de Rut 2). Ester añade un matiz propio: no solo actúa Dios escondido, sino que su mismo nombre queda escondido, y el lector tiene que reconocerlo. Los rabinos oyeron el nombre de la reina en la amenaza de Dt 31,18, «yo esconderé mi rostro» (ver Dt 31). E Isaías, en el capítulo en que llama a Ciro, el rey persa, ungido del Señor, exclama: «verdadera-

mente tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador» (Is 45,1.15).

Los cristianos reconocen en estos reveses el canto de Ana y el de María: el Señor «levanta del polvo al desvalido» (1 Sam 2,8) y «derribó a los potentados de sus tronos» (Lc 1,52). San Pablo lo formuló como una certeza: «a los que aman a Dios todas las cosas les sirven para el bien» (Rom 8,28). No quiere decir que todo lo que pasa sea bueno, ni que los hombres no sean responsables: Amán eligió su odio, y Ester su riesgo. Quiere decir que ninguna noche queda fuera de las manos de Dios. También la más oscura, la noche en que el Hijo fue entregado, se volvió del revés en la mañana de Pascua.

PAUSA

1. Mardoqueo esperó años sin recompensa. ¿Qué bien que hiciste te parece olvidado? ¿Puedes dejarlo en manos de Dios?
2. Amán diseñó su propio honor y lo vio pasar a otro. ¿Dónde buscas tú ser reconocido?
3. Después del triunfo, Mardoqueo volvió a su puesto. ¿Sabes volver a lo sencillo después de un éxito?

Para orar. *Señor, que velas cuando los demás duermen, enséñame a reconocer tu mano en las noches de mi vida.*

7

La caída de Amán

El capítulo más corto del libro es su desenlace. En el segundo banquete, el rey repite por tercera vez su ofrecimiento, y Ester por fin habla: pide su vida y la de su pueblo, condenado a muerte, y señala al culpable, «ese perversísimo Amán» (vv. 1-6). El rey sale furioso al jardín; Amán se arroja a los pies de la reina para suplicar, y el rey, al volver, lo encuentra sobre el lecho de Ester. Un eunuco recuerda la horca de cincuenta codos, y Amán muere en ella (vv. 7-10). Diez versículos bastan para que la trampa se cierre sobre quien la tendió.

La petición de Ester

1 Entró, pues, el rey, acompañado de Amán, al convite de la
reina [1]. 2 A la cual dijo también el rey en este segundo día,
después de recalentado con el vino [2]: ¿Qué petición es la
tuya, Ester, y qué quieres que se te conceda? Aunque pidie-
res la mitad de mi reino, la alcanzarás. 3 Ester le respon-
dió: Si yo he hallado gracia en tus ojos, oh rey mío, y si es
de tu agrado, sálvame la vida, por la cual te ruego, y la de
mi pueblo [3], por quien imploro tu clemencia [4]. 4 Porque
así yo como mi nación estamos condenados a la ruina, al
degüello, al exterminio [5]. Ojalá que al menos fuésemos
vendidos por esclavos y esclavas [6]; el mal sería tolerable, y

me contentaría con gemir en silencio; mas ahora tenemos por enemigo un hombre, cuya crueldad redunda contra el rey [7]. [5] A lo que respondiendo el rey Asuero, dijo: ¿Quién es ese, y qué poder es el suyo [8], para que tenga la osadía de hacer tales cosas? [6] Dijo entonces Ester: Nuestro perseguidor y enemigo es ese perversísimo Amán [9]. Al oír esto Amán, se quedó yerto de repente, no pudiendo sufrir las terribles miradas del rey y la reina.

Amán en su propia horca

[7] Al mismo tiempo el rey, lleno de cólera, se levantó del lugar del convite, y pasó a un jardín inmediato plantado de árboles [10]. Se levantó igualmente Amán para rogar a la reina Ester que le salvase la vida; pues conoció que el rey había resuelto su castigo [11]. [8] Vuelto Asuero del jardín plantado de árboles, y entrando en el lugar del convite, halló a Amán postrado o caído sobre el lecho o tarima [12] en que Ester estaba recostada, y dijo: ¿Aun a la reina quieres violentar [13] delante de mí, en mi propia casa? No bien había el rey pronunciado estas palabras, cuando al instante le cubrieron a Amán la cara [14]. [9] Entonces Harbona, uno de los eunucos que servían al rey [15], dijo: Sábete, oh rey, que en casa de Amán hay un patíbulo de cincuenta codos de alto, que él había mandado preparar para Mardoqueo, el que descubrió la conspiración contra el rey. Le respondió el rey: Colgadle luego en él [16]. [10] Fue, pues, Amán col-

gado en el patíbulo que tenía preparado para Mardoqueo [17], y con eso se apaciguó la ira del rey [18].

¿Sabías que?

Como la Vulgata llama «cruz» al madero de Amán (5,14; 8,7; 9,25), el arte cristiano lo representó crucificado. Dante lo ve así en el *Purgatorio*, entre los ejemplos de la ira castigada: «un crucificado, despectivo y fiero en su mirada, y así moría; en torno a él estaban el gran Asuero, Ester su esposa y el justo Mardoqueo» (*Purgatorio* XVII,25-30). Miguel Ángel lo pintó también crucificado en una de las cuatro esquinas de la bóveda de la Capilla Sixtina (1508-1512), junto al altar, frente a la serpiente de bronce de Moisés, otra escena de la salvación de Israel que la tradición leyó como figura de la cruz de Cristo (Jn 3,14).

PAUSA

1. Ester dijo por fin «mi pueblo». ¿Te cuesta dar la cara por tu fe o por los tuyos cuando eso te expone?
2. Amán cayó en la trampa que preparó para otro. ¿Qué rencor estás alimentando que podría volverse contra ti?
3. La ira del rey se aplacó con un castigo. ¿Cómo se aplaca la tuya: con venganza o con perdón?

Para orar. *Señor, pon mi vida y la de mis hermanos en tus manos, y líbranos del odio que se vuelve contra quien lo siembra.*

8

El contradecreto

Amán ha muerto, pero su decreto sigue vivo: una carta sellada con el anillo del rey no se puede revocar. El capítulo cuenta cómo se sale de esa trampa. El mismo día, Ester recibe la casa de Amán, y Mardoqueo, el anillo del rey (vv. 1-2). Ester vuelve a echarse llorando a los pies del rey, que permite escribir otras cartas (vv. 3-8). Mardoqueo dicta un segundo decreto que autoriza a los judíos a defenderse el mismo 13 de Adar (vv. 9-14), y sale del palacio vestido de rey entre la alegría de Susa (vv. 15-17). Es también una de las páginas más duras del libro (v. 11).

La casa de Amán y el anillo del rey

1 Aquel mismo día el rey Asuero dio a la reina Ester la casa
y los bienes de Amán [1], el enemigo de los judíos, y Mardo-
queo fue presentado al rey; por cuanto Ester le declaró que
era su tío paterno [2]. 2 Y tomó el rey el anillo o sello [3] que
había mandado recoger de Amán, y se lo entregó a Mardo-
queo, al cual hizo Ester mayordomo de su casa o palacio [4].

Ester suplica otra vez

3 Mas no contenta con eso, se echó a los pies del rey, y con
lágrimas en los ojos [5] le habló y suplicó que mandase no
tuviesen efecto los maliciosos designios de Amán, hijo de

Agag, y las inicuas tramas que había urdido contra los judíos. 4 Entonces Asuero, según la costumbre, alargó con la
mano el cetro de oro hacia ella; lo cual era la señal de favor
y clemencia; y levantándose Ester se puso en pie delante
del rey, 5 y dijo: Si es del agrado del rey, y si he hallado gracia en sus ojos, y mi súplica no le parece injusta, ruego encarecidamente que con nuevas cartas del rey sean invalidadas las precedentes cartas de Amán [6], perseguidor y
enemigo de los judíos, con las cuales había mandado acabar con ellos en todas las provincias del reino. 6 Porque,
¿cómo podré yo soportar el degüello y la mortandad de
todo mi pueblo [7]? 7 El rey Asuero respondió a la reina Ester y al judío Mardoqueo en estos términos: Yo he dado a
Ester la casa de Amán y a éste le he mandado crucificar [8]
por la osadía de querer perder a los judíos. 8 Escribid,
pues, a los judíos en nombre del rey, como mejor os pareciere, sellando las cartas con mi anillo. Porque era uso y
costumbre que a cartas recibidas en nombre del rey, y selladas con su anillo, nadie osaba oponerse [9].

El segundo decreto

9 Con esto, llamados los secretarios y escribientes del rey,
corriendo el mes tercero, llamado Sibán, el día
veintitrés [10], fueron escritas las cartas del modo que quiso
Mardoqueo, a los judíos, y a los príncipes, y a los gobernadores, y jueces que mandaban en las ciento veintisiete pro-

vincias, desde la India hasta la Etiopía; provincia por provincia, pueblo por pueblo, según sus lenguas y alfabetos [11], como también a los judíos, para que todo el mundo pudiese leerlas y entenderlas. [10] Estas mismas cartas, escritas en nombre del rey, fueron selladas con su anillo y remitidas por correos [12]; los cuales recorriendo con rapidez todas las provincias, cambiasen por medio de las nuevas órdenes el efecto de las cartas primeras. [11] Les mandó también el rey que en cada ciudad fuesen a estar con los judíos, y les ordenasen unirse todos para defender sus vidas, y matar y acabar con todos sus enemigos, sin perdonar a las mujeres, ni a los hijos [13], ni a las casas, saqueando sus bienes. [12] Y se señaló en todas las provincias un mismo día para la venganza [14]; es a saber, el día trece del duodécimo mes llamado Adar. [13] La sustancia de las cartas era notificar a todas las tierras y pueblos sujetos al imperio del rey Asuero, que los judíos estaban dispuestos y autorizados a vengarse de sus enemigos [15]. [14] Partieron, pues, los correos en postas con las nuevas cartas; y el edicto del rey se fijó en Susán.

Luz y alegría para los judíos

[15] Entretanto Mardoqueo saliendo del palacio y de la audiencia del rey, iba rozagante, vestido a la manera del rey [16], esto es, de color de jacinto y de azul celeste, llevando en la cabeza una corona de oro, y cubierto de un manto

de seda y de púrpura. Y toda la ciudad hizo fiestas y regocijos [17]. [16] A los judíos les pareció que les nacía una nueva luz [18], por el gozo, la honra y la holganza que les venía. [17] Asimismo en todos los pueblos, en las ciudades y provincias, doquiera que llegaban las órdenes del rey, se recibían con extraordinaria alegría, y había banquetes, y convites, y fiestas; en tanto grado, que muchos de otras naciones y sectas abrazaban la religión y ceremonias de los judíos [19]. Tan grande era el terror que había infundido a todos el nombre judaico [20].

¿Sabías que?

Cada sábado al anochecer, al terminar el descanso, las familias judías celebran la *Havdalá*, la «separación» entre el día santo y la semana, con una copa de vino, especias aromáticas y una vela trenzada. En el rito asquenazí, entre los versículos con que empieza, se recita este de Ester: «para los judíos hubo luz, alegría, gozo y honra» (8,16), y se añade: «así sea para nosotros» (*ken tihyé lanu*). La luz de aquel día de Susa se pide para cada semana que comienza.

Dos decretos en espejo (3,12-15 y 8,9-14)

	El decreto de Amán	El decreto de Mardoqueo
La fecha	13 de Nisán (3,12)	23 de Siván (8,9)
Quién lo dicta	Amán (3,12)	Mardoqueo (8,9)
A quién	Sátrapas, jueces y pueblos, cada uno en su lengua (3,12)	Los mismos, y también los judíos, en su lengua (8,9)
El sello	El anillo del rey (3,10.12)	El anillo del rey (8,8.10)
Los correos	Salen «a toda prisa» (3,13.15)	Salen «en postas» (8,10.14)
La orden	Matar a todos los judíos, niños y mujeres, y saquear sus bienes (3,13)	Defenderse, acabar con los enemigos y saquear sus bienes (8,11)
El día	13 de Adar (3,13)	13 de Adar (8,12)
En Susa	El rey y Amán beben; los judíos lloran (3,15)	Mardoqueo sale vestido de rey; la ciudad hace fiesta (8,15)
En las provincias	Luto, ayuno y ceniza (4,3)	Banquetes; muchos se hacen judíos (8,17)
El texto, en griego	La carta de 13,1-7	La carta de 16,1-24

Las leyes de los persas no se revocaban (1,19; 8,8; Dn 6,9.13.16): el segundo decreto no anula el primero, sino que lo contrarresta, como explica Torres Amat en una nota al capítulo 9. El hebreo de 8,14 copia casi palabra por palabra el de 3,15. El griego fecha el segundo decreto el 23 de Nisán. Las dos cartas que el griego copia enteras se comparan en el cuadro del capítulo 16.

PARA PROFUNDIZAR

La defensa y la venganza: cómo leer Ester 8–9

El libro de Ester tiene un final que incomoda. Los judíos se salvan, pero el capítulo 9 cuenta que mataron a quinientos hombres

en Susa, a trescientos más al día siguiente, a petición de Ester, y a setenta y cinco mil en las provincias (9,6.15-16), y que los diez hijos de Amán fueron colgados (9,13-14). El contradecreto permite matar «sin perdonar a las mujeres, ni a los hijos» (8,11). Un lector cristiano no puede pasarlas por alto, ni arrancarlas de la Escritura: hay que aprender a leerlas.

Lo primero es ver qué dice el texto. El punto de partida es un decreto de exterminio sellado con el anillo del rey, que no se puede revocar (1,19; 8,8; ver Dn 6). Asuero solo puede permitir que los judíos se defiendan. Así lo explica Torres Amat en una nota al capítulo 9: como el primer edicto se tenía por irrevocable, «el segundo decreto favorable consistió en mandar a los gobernadores de las provincias que defendiesen a los judíos contra sus enemigos». El texto insiste en que los judíos se reunieron «para defender sus vidas» (8,11; 9,16), y repite tres veces que no tocaron los bienes de los muertos (9,10.15.16): un contraste deliberado con Amán, que había mandado saquear (3,13), y con Saúl, que se quedó con el botín de Amalec (1 Sam 15,9). La frase hebrea sobre las mujeres y los niños repite a la letra el decreto de Amán y admite otra lectura (ver nota a 8,11); el griego no la tiene, y reduce a quince mil los muertos de las provincias.

Lo segundo es el género. Muchos estudiosos leen Ester como un relato con fondo histórico, escrito para explicar la fiesta de Purim, más que como una crónica: de ahí las simetrías perfectas y las cifras enormes. La Iglesia no obliga a decidir qué pasó exactamente; pide buscar lo que el autor quiso enseñar, atendiendo a su modo de escribir (*Dei Verbum* 12). Y lo que el autor enseña es que el decreto de muerte se volvió contra sus autores: «trocada la

suerte» (9,1). La Comisión Bíblica pide leer los textos violentos en el conjunto de la Escritura, «a la luz del mensaje evangélico del amor incluso a los enemigos (Mt 5,38-48)», y observa que la Biblia suele narrar el triunfo del pequeño frente al poderoso (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, nn. 125 y 127).

Lo tercero es la enseñanza moral de la Iglesia. El Catecismo reconoce la legítima defensa, pero le pone un límite, con palabras de santo Tomás: «si para defenderse se ejerce una violencia mayor que la necesaria, se trataría de una acción ilícita» (n. 2264). Pide tratar con humanidad a los no combatientes, llama «pecado mortal» al exterminio de un pueblo (n. 2313) y condena la ira que es «deseo de venganza» (n. 2302). Con esa medida, el decreto de Amán es un crimen sin atenuantes; la defensa de los judíos es legítima en su principio, y lo que en ella pasa de la defensa al desquite no es un modelo. Torres Amat veía a Mardoqueo y a Ester como «instrumentos de Dios, que a veces obra de un modo superior a nuestros alcances» (en una nota suya a 16,20): leía con los ojos de su época. Y usar estas páginas contra el pueblo judío sería traicionar el libro y a la Iglesia, que deplora el antisemitismo «de cualquier tiempo y persona» (*Nostra aetate* 4).

El libro mismo ofrece contrapesos. La fiesta que nace de esos días celebra el descanso y la alegría, con regalos de comida entre vecinos y limosnas a los pobres (9,22). Muchos de otros pueblos se unen a los judíos (8,17; 9,27). Y el rey, en la carta que el griego copia aquí, reconoce que el castigo de Amán no fue obra suya, «sino de Dios» (16,18), aunque esa misma carta termina amenazando

con fuego a quien no celebre la fiesta (16,24): ni siquiera el final escapa a la violencia de su mundo.

Los cristianos leemos estos capítulos desde otro revés, más hondo. En la cruz, la palabra que la Vulgata usa para el castigo de Amán (8,7; 9,25), Jesús no devolvió el golpe: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). San Pablo lo hizo regla de vida: «no te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien» (Rom 12,21). Ester enseña a no resignarse ante el odio; el Evangelio, a no responderle con odio.

PAUSA

1. Ester no se quedó tranquila con su propia salvación. ¿Por quién deberías seguir intercediendo, aunque a ti ya no te falte nada?
2. Los judíos se defendieron, pero no tocaron el botín. ¿Sabes distinguir entre defender lo justo y aprovecharte del caído?
3. Muchos se unieron a los judíos por miedo. ¿Qué ven los demás en tu fe: temor o alegría?

Para orar. *Señor, que defienda la vida sin desear la venganza, y que venza el mal a fuerza de bien.*

9

El día del revés y la fiesta de las Suertes

Llega el día fijado para exterminar a los judíos, y todo se vuelve del revés. El capítulo tiene tres partes: el 13 de Adar y la jornada siguiente en Susán, con la muerte de los enemigos y de los diez hijos de Amán (vv. 1-16); la fiesta que nace del descanso, el 14 en las aldeas y el 15 en la capital, y la carta de Mardoqueo que la fija (vv. 17-28); y la segunda carta, de Ester (vv. 29-32). Es una página dura y la partida de nacimiento de Purim: una amenaza de muerte convertida en banquete compartido con los pobres.

El día del revés

[1] En efecto, a los trece días del mes duodécimo, que como
hemos dicho arriba, se llamaba Adar, cuando estaba dis-
puesta la mortandad de todos los judíos, y sus enemigos
ardían en sed de su sangre, trocada la suerte [1], comenza-
ron los judíos a prevalecer, y a tomar venganza de sus con-
trarios. [2] Se juntaron, pues, en todas las ciudades, villas y
lugares para acometer a sus enemigos y perseguidores; y
nadie osó resistirles [2]; porque estaban todos los pueblos
poseídos del miedo de su poder y valimiento. [3] Pues aun
los magistrados de las provincias, los gobernadores e in-
tendentes, y todos los constituidos en dignidad, que en

cada lugar presidían las obras, daban la mano a los judíos por temor de Mardoqueo, 4 que sabían ser el valido de la corte, y gozar de extraordinaria privanza; por lo que la fama de su nombre iba creciendo cada día [3], y andaba volando de boca en boca por todas partes.

5 Con esto los judíos hicieron un gran estrago y mortandad en sus enemigos; ejecutando aquello mismo que tenían éstos tramado contra el pueblo judaico [4]. 6 Tanto, que en Susán mismo mataron a quinientos hombres, sin contar diez hijos de Amán, descendiente de Agag, el enemigo de los judíos, cuyos nombres son éstos: 7 Farsandata, Delfón, y Esfata [5], 8 Forata, Adalía, Aridata, 9 Fermesta [6], Arisai, Aridai, y Jezata. 10 Después de haberles quitado la vida, no quisieron saquear ni tocar nada de sus bienes [7].

Un día más en Susán

11 Inmediatamente dieron cuenta al rey del número de los que habían sido muertos en Susán. 12 El cual dijo a la reina: En la ciudad de Susán los judíos han muerto a quinientos hombres, además de los diez hijos de Amán; ¿cuán grande, pues, juzgas que será la mortandad que habrán hecho en todas las provincias? ¿Qué más pides, o qué otra cosa quieres que yo mande? 13 Si es del agrado del rey, respondió ella, dése facultad a los judíos para que hagan también mañana lo que han hecho hoy en Susán; y que los cadáveres de los diez hijos de Amán sean colgados en patíbulos [8]. 14 Y

mandó el rey que así se hiciese; e inmediatamente se fijó en Susán el edicto, y fueron colgados los diez hijos de Amán. 15 Reunidos los judíos el día catorce del mes de Adar, mataron en Susán hasta trescientos hombres; mas tampoco saquearon sus bienes. 16 Asimismo en todas las provincias sujetas al dominio del rey, los judíos pelearon por defender sus vidas [9], matando a sus enemigos y perseguidores, en tanto número que llegó a setenta y cinco mil el de los muertos, sin que nadie tocase cosa alguna de sus bienes.

Nace la fiesta de las Suertes

17 El día trece del mes de Adar fue el primero de la mortandad en todas partes, y el día catorce cesó el estrago; este día determinaron que fuese día de fiesta solemne [10], y se celebrase de allí en adelante perpetuamente con banquetes, regocijos y convites. 18 Los que ejecutaron la mortandad en la ciudad de Susán emplearon en ella los días trece y catorce de dicho mes, y cesaron de matar el quince; y por eso establecieron que este día se solemnizase con banquetes y regocijos. 19 Mas los judíos que moraban en villas sin muros y en aldeas [11], señalaron el día catorce del mes de Adar para los convites y alegrías; de modo que hacen en él gran fiesta, y se regalan recíprocamente platos de viandas y manjares.

20 Cuidó, pues, Mardoqueo de escribir todas esas cosas en
una carta o libro [12], que envió a los judíos que habitaban
en todas las provincias del rey, así vecinas como remotas,
21 para que observasen como días festivos el catorce y el
quince del mes de Adar, y los celebrasen siempre cada año
con solemne honor; 22 por cuanto en tales días los judíos
tomaron venganza de sus enemigos, y el llanto y tristeza
se les convirtieron en júbilo y alegría [13]; y así estos días
eran días de banquetes y regocijos, en que debían enviarse
mutuamente parte de los manjares, y regalar algo a los
pobres [14]. 23 Establecieron, pues, los judíos una fiesta so-
lemne, conforme a lo que habían comenzado a practicar
en este tiempo, y les había prescrito Mardoqueo en su car-
ta;

24 en memoria de que Amán, hijo de Amadati, del linaje de
Agag, enemigo y perseguidor de los judíos, maquinó con-
tra ellos el atentado de matarlos y exterminarlos; echó
para eso el Fur, que es lo mismo que suerte en nuestra
lengua [15]. 25 Mas después Ester se presentó al rey, suplí-
cando que desbaratase los designios de Amán, mediante
una carta u orden del rey, y que el mal que había tramado
contra los judíos recayese sobre su cabeza. Y al fin así a
Amán como a sus hijos los pusieron en una cruz [16].
26 Desde entonces se llaman estos días Furim, esto es, de
las Suertes [17]; por cuanto el Fur, esto es, la suerte, fue

echada en la urna. Todos estos sucesos se contienen en el volumen de aquel escrito, es a saber, de este libro. 27 Y en memoria de lo que padecieron, y de la feliz mudanza que sobrevino se obligaron los judíos por sí y por sus descendientes, y por todos los que quisieren agregarse a su religión [18], a no permitir que ninguno pase estos dos días sin solemnizarlos, según aparece de este escrito, y lo pide el tiempo señalado de año en año. 28 Estos son días que jamás serán puestos en olvido, y que se celebrarán de generación en generación en todas las provincias de la tierra; y no hay ciudad alguna en que los días de Furim, esto es, de las Suertes, no sean guardados por los judíos y por la descendencia de los que se obligaron a estas ceremonias.

La segunda carta de Ester

29 Y la reina Ester, hija de Abihail, y Mardoqueo, judío, escribieron todavía una segunda carta [19], a fin de que con el mayor esmero quedase establecido este día solemne para lo sucesivo; 30 y la enviaron a todos los judíos que moraban en las ciento veintisiete provincias del rey Asuero, para que viviesen en dichosa paz, y fuesen fieles en la promesa [20], 31 observando los días de las Suertes, y celebrándolos a su tiempo con demostraciones de gozo. Se obligaron, pues, los judíos, conforme a lo prescrito por Mardoqueo y Ester, a observar ellos y sus descendientes los ayunos y clamores a Dios y demás ceremonias [21] de los

días de las Suertes, [32] y todo cuanto contiene la historia en este Libro, que se titula Ester.

¿Sabías que?

Cuando en la sinagoga se lee el rollo de Ester y suena el nombre de Amán, la asamblea hace ruido: golpea, patea o hace girar matracas. Una glosa al Shulján Aruj, el código de la ley judía del siglo XVI, explica el origen: los niños dibujaban a Amán en piedras o escribían su nombre y lo golpeaban, para «borrar el nombre de Amalec» (Dt 25,19); y añade que no hay que burlarse de ninguna costumbre (Oraj Jayim 690,17). En Purim se comen también unos pastelillos triangulares rellenos, que en hebreo se llaman «orejas de Amán».

Purim, ayer y hoy

Qué	Dónde está	Cómo se vive
El nombre	*Pur*, «suerte» (3,7; 9,26)	«Furim» en Torres Amat; *Phrourai* en griego
Los días	14 y 15 de Adar (9,17-21)	El 15, en las ciudades amuralladas, como Jerusalén (*Meguilá* 1,1)
El rollo	9,26.32	Se lee entero, desplegado como una carta
Los hijos de Amán	9,7-10	Diez nombres de un solo aliento (*Meguilá* 16b)
El banquete	9,17-19.22	Comida de fiesta, de día (*Meguilá* 7b)
Las porciones	9,19.22	Regalos de comida entre amigos
Los pobres	9,22	Dos regalos a dos pobres, al menos (*Meguilá* 7a)
El ayuno	9,31	«Ayuno de Ester», el 13 (costumbre posterior)
Amalec	Dt 25,17-19; Éx 17	Se leen el sábado anterior y en Purim
Día de Mardoqueo	2 Mac 15,36	La fiesta, conocida en el siglo II a. C.
Josefo	*Ant.* XI,6,13	Siglo I d. C.: porciones y acción de gracias
La carta griega	11,1	Llevada, al parecer, a Egipto como «carta del Furim»

Purim no es una fiesta cristiana, pero enseña a recordar: se consagra el descanso, no la lucha, y la alegría llega a los pobres (9,22). El griego añade que las suertes eran de Dios: «una para el pueblo de Dios, y otra para las demás naciones» (10,10-11).

PARA PROFUNDIZAR

Purim, la fiesta de las Suertes

El libro de Ester termina explicando una fiesta. Lo que empezó con una suerte echada para elegir el día de una matanza (3,7) acaba en dos días de banquete que los judíos celebran todavía, el 14 y el 15 de Adar, entre febrero y marzo. El capítulo 9 cuenta cómo nació: no se consagró el día de la lucha, el 13, sino el del descanso que vino después, el 14 en las aldeas y el 15 en Susán, donde se luchó dos días (9,17-19). Mardoqueo puso por escrito lo sucedido y mandó guardar los dos días cada año (9,20-23), y la reina Ester, «con toda autoridad», confirmó la fiesta con una segunda carta (9,29-32; ver nota a 9,29). El Talmud cuenta incluso que fue Ester quien pidió a los sabios que establecieran su fiesta para las generaciones futuras (Meguilá 7a).

El versículo 22 dice cómo celebrarla: con «banquetes y regocijos», enviándose «parte de los manjares» y regalando «algo a los pobres». La tradición judía conserva esas cuatro prácticas, y el Talmud precisa: al menos dos regalos a dos pobres distintos (Meguilá 7a). A ellas se unió la lectura pública del rollo entero, la Meguilá, el 14 de Adar, o el 15 en las ciudades amuralladas «desde los días de Josué» (Misná, Meguilá 1,1). Esa mañana se lee además la batalla contra Amalec (Éx 17,8-16; Misná, Meguilá 3,6), y el sábado anterior, el mandato de recordar lo que hizo Amalec (ver Dt 25 y 1 Sam 15). El libro habla también de «ayunos y clamores» (9,31), que Torres Amat traduce «clamores a Dios» (ver nota a 9,31).

El nombre viene de la suerte. Purim es el plural de pur, una palabra acadia que el libro explica a sus lectores (3,7; 9,24.26; ver nota

a 9,26); Torres Amat escribe «Furim», como la Vulgata. La ironía es clara: Amán confió el destino de un pueblo a un dado, y el dado se volvió contra él. Los Proverbios lo habían dicho: «en el regazo se echan las suertes, pero del Señor viene la decisión» (Prov 16,33). El hebreo calla; la explicación griega del sueño lo dice abiertamente: Dios mismo puso «dos suertes, una para el pueblo de Dios, y otra para las demás naciones», que llegaron al «día del juicio» delante de él (10,10-11; ver nota a 10,10). Lo que parecía azar era el lugar de una decisión de Dios.

La fiesta está atestiguada fuera del libro desde muy pronto. El segundo libro de los Macabeos, al contar la victoria de Judas sobre Nicanor el 13 de Adar, hacia el 161 a. C., la sitúa «la víspera del día de Mardoqueo» (2 Mac 15,36; en Torres Amat, 15,37). La nota final del Ester griego habla de una «carta del Furim» traducida en Jerusalén y llevada, probablemente, a Egipto (ver nota a 11,1): para los judíos de la diáspora, el libro era una carta que invitaba a celebrar. Y Flavio Josefo, a finales del siglo I, escribe que los judíos de toda la tierra guardan todavía esos días, se envían porciones y dan gracias a Dios (Antigüedades XI,6,13).

Purim es la memoria de una salvación que pasó por la violencia, y el capítulo 9 no lo oculta. El ensayo del capítulo 8 explica cómo leerla a la luz del Evangelio; aquí basta notar lo que subraya el propio libro. La fiesta no se fija en el día de la lucha, sino en el del descanso; los judíos no tocan el botín que la ley les permitía (9,10.15.16); y la alegría tiene que llegar a los pobres (9,22). La fiesta de una victoria se convierte en fiesta de la generosidad.

Los cristianos no celebran Purim, y el Nuevo Testamento no lo nombra: algunos intérpretes han pensado que «la fiesta de los judíos» de Jn 5,1 podría ser Purim, pero el evangelio no lo dice. Lo que la Iglesia recibe de estas páginas es una manera de recordar. Israel no olvida el peligro, pero lo recuerda comiendo juntos y dando a los pobres, como en la fiesta de Nehemías (ver Neh 8) o en la mesa de Tobit (Tob 2,1-2). El cristiano conoce otra mesa, en la que una muerte injusta se ha convertido en fiesta y la tristeza en gozo (Jn 16,20), y puede aprender de Purim que la alegría verdadera se comparte y que la memoria del mal sufrido puede volverse acción de gracias.

PAUSA

1. La fiesta no celebra la batalla, sino el descanso que vino después. ¿Qué «descanso» de tu vida merece ser recordado con gratitud?
2. Purim manda que la alegría llegue también a los pobres. ¿A quién podrías hacer partícipe de tus fiestas?
3. Los judíos renunciaron al botín que la ley les permitía. ¿A qué podrías renunciar tú para no dejarte llevar por la revancha?

Para orar. *Señor, convierte mi llanto en gozo, y que mi alegría llegue siempre a los que no tienen nada.*

10

«Esto es obra de Dios»

El texto hebreo termina con tres versículos sobre el poder de Asuero y la grandeza de Mardoqueo, «la segunda persona después del rey» (vv. 1-3). Sigue la primera nota de san Jerónimo: lo que viene después solo está en griego, y es el final del libro griego. Mardoqueo recuerda el sueño que tuvo al principio (11,2-12) y lo explica pieza por pieza (vv. 4-9); después da la clave de la fiesta: la suerte no la echó solo Amán, sino Dios, que puso dos suertes (vv. 10-13). Lo que el hebreo dejó implícito, el griego lo dice desde la primera frase: «Esto es obra de Dios».

La grandeza de Mardoqueo

1 El rey Asuero había hecho tributaria toda la tierra con todas las islas del mar [1]; 2 y en los libros o anales de los medos y persas [2] se halla escrito cuál fue su poder y dominio; y a cuán alto grado de grandeza sublimó a Mardoqueo [3], 3 y cómo este Mardoqueo, judío de nación, vino a ser la segunda persona después del rey Asuero [4]; y cómo fue eminente entre los judíos, y universalmente querido de todos sus hermanos, como quien procuraba el bien de su pueblo [5] y se interesaba en todo lo perteneciente a la prosperidad de su nación.

El sueño explicado

4 Entonces Mardoqueo dijo [6]: Esto es obra de Dios [7]. 5 Me
acuerdo de un sueño que tuve [8], el cual significaba estas
mismas cosas, y ninguna de ellas ha quedado sin cumplir-
se. 6 Vi una pequeña fuente [9] que creció hasta hacerse un
río: después se convirtió en una luz y en un sol; y salió de
madre por la abundancia de sus aguas. Esta fuente es Es-
ter, a quien el rey tomó por mujer, y escogió por reina.
7 Los dos dragones que vi, somos yo y Amán [10].

8 Las gentes que se coligaron, son aquellos que intentaron
borrar el nombre judaico [11]. 9 Mi gente es Israel, la cual
clamó al Señor [12], y el Señor salvó a su pueblo; librándo-
nos de todos los males, y obrando grandes milagros y por-
tentos entre los gentiles [13]:

Las dos suertes

10 y mandó que se pusiesen dos suertes, una para el pueblo
de Dios, y otra para las demás naciones [14]; 11 y ambas suer-
tes salieron fuera delante del Señor para todas las gentes,
en el día señalado ya desde aquel tiempo [15]. 12 Y se acordó
el Señor de su pueblo, y tuvo compasión de su herencia [16].
13 Por lo que los días catorce y quince del mes de Adar de-
ben solemnizarse con toda devoción y júbilo por todo el
pueblo congregado en cuerpo [17], mientras haya descen-
dencia del pueblo de Israel.

¿Sabías que?

En Hamadán, en el oeste de Irán, la antigua Ecbatana de los medos (ver Esd 6,2), hay un pequeño mausoleo que la tradición judía venera como la tumba de Ester y Mardoqueo; la Enciclopedia Católica de 1909 ya recogía esa tradición. Durante siglos ha sido lugar de visita y de oración para los judíos de Persia. Nadie puede comprobar quién está enterrado allí, y el edificio es muy posterior, pero muestra hasta qué punto la historia de Ester siguió viva en la tierra donde el libro la sitúa.

El sueño de Mardoqueo y su explicación

El sueño (11,5-12)	La explicación (10,4-13)	Ecos bíblicos
Voces y truenos (11,5)	—	Éx 19,16; Ap 8,5
Dos dragones (11,6)	«Somos yo y Amán» (10,7)	Dn 7; Ap 12
Las naciones (11,7)	Quisieron borrar el nombre judío (10,8)	Sal 2,1-2; 83,5
Día de tinieblas (11,8)	«El día señalado» (10,11)	Jl 2,2; Sof 1,15
El clamor (11,9-10)	«Israel… clamó al Señor» (10,9)	Éx 2,23-25
La fuente (11,10)	«Esta fuente es Ester» (10,6)	Ez 47,1-12; Eclo 24,30-31
Luz y sol (11,11)	La fuente «se convirtió en una luz y en un sol» (10,6)	Is 60,1-3; Est 8,16
Los humildes (11,11)	«El Señor salvó a su pueblo» (10,9)	1 Sam 2,7-8; Lc 1,52
Mardoqueo, perplejo (11,12)	«Ninguna ha quedado sin cumplirse» (10,5)	Gn 37,11; Lc 2,19
—	Dos suertes, para el pueblo de Dios y para las naciones (10,10)	Lv 16,8; Prov 16,33
—	«Se acordó el Señor de su pueblo» (10,12)	Éx 2,24; Lc 1,54

En el griego, el sueño abre el libro, antes de 1,1, y su explicación lo cierra, después de 10,3, con una frase que lo resume todo: «Esto es obra de Dios» (10,4). Como José (Gn 37; 41) y Daniel (Dn 2), Mardoqueo recibe en sueños el anuncio de lo que Dios hará, y lo guarda en su mente hasta que la historia se lo explica.

PAUSA

1. Mardoqueo, al mirar atrás, dijo: «Esto es obra de Dios». ¿Qué acontecimiento de tu vida reconoces hoy como obra de Dios?
2. «Mi gente es Israel, la cual clamó al Señor». ¿En qué momento has clamado tú, y cómo te respondió?
3. Una pequeña fuente se hizo río. ¿Qué cosa pequeña ha empezado a crecer en ti o a tu alrededor?

Para orar. *Señor, enséñame a leer mi historia a la luz de tu providencia, y a decir contigo: esto es obra de Dios.*

11

El sueño de Mardoqueo

Este capítulo junta el final y el principio del libro griego. Su primer versículo es la nota que cerraba la traducción: quién la trajo, cuándo y quién la tradujo (v. 1). Después, con otra nota de san Jerónimo, empieza lo que en griego abría el libro, antes de 1,1: Mardoqueo, un judío del destierro que sirve en la corte, sueña con voces y truenos, con dos dragones, con una nación justa que clama a Dios y con una pequeña fuente que se hace río (vv. 2-12). El sueño queda sin explicar: el lector tendrá que recorrer toda la historia para entenderlo, como Mardoqueo al final (10,4-13).

La nota del traductor

1 El año cuarto del reinado de Ptolomeo y de Cleopatra [1], Dositeo, que se decía sacerdote y de la estirpe de Leví [2], y Ptolomeo su hijo, trajeron esta carta del Furim [3], la que aseguraron haber sido traducida en Jerusalén por Lisímaco, hijo de Ptolomeo.

Mardoqueo, desterrado en Susán

2 El año segundo del reinado del muy grande Artajerjes [4], el primer día del mes de Nisán tuvo un sueño Mardoqueo, hijo de Jair, hijo de Semei, hijo de Cis, de la tribu de

Benjamín [5]. [3] Era Mardoqueo de nación judío, habitaba en
la ciudad de Susán, y llegó a ser un hombre poderoso y de
los primeros de la corte del rey [6], [4] y era del número de los
cautivos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, trasladó de
Jerusalén con Jeconías, o Joaquín [7], rey de Judá.

Dos dragones y una pequeña fuente

[5] Su sueño fue éste: Le pareció que sentía voces, y alboro-
tos, y truenos, y terremotos [8], y turbación sobre la tierra;
[6] y aparecieron dos dragones descomunales [9] en acto de
entrar en batalla uno contra otro; [7] a cuyos grandes
silbidos [10] todas las naciones se alborotaron para pelear
contra la nación de los justos. [8] Día fue aquel de tinieblas y
de peligros, de tribulación y de angustias [11], y de grande
espanto para la tierra.

[9] La nación de los justos, temerosa de los desastres que la
amenazaban [12], se conturbó extraordinariamente, consi-
derándose destinada a la muerte. [10] Clamaron empero a
Dios [13]: y a sus gritos una fuente pequeña creció hasta ha-
cerse un grandísimo río [14], que por las muchas aguas salió
de madre. [11] Apareció una luz y un sol [15]; y los humildes
fueron ensalzados, y devoraron a los grandes o
soberbios [16].

[12] Así que Mardoqueo tuvo esta visión, levantándose de la
cama, se puso a pensar qué es lo que Dios querría hacer; y

tenía fijo el sueño en su mente [17], deseoso de saber su significación.

> **¿Sabías que?**
> La nota de 11,1 se parece a las que se ponían en los rollos para dejar constancia de su procedencia. El médico Galeno cuenta que un rey Ptolomeo, ávido de libros, mandaba recoger los que traían los barcos que llegaban a Alejandría, y que en la biblioteca se registraban como «de los barcos». Muchos estudiosos leen el colofón de Ester como una nota de registro de ese tipo: quién trajo el rollo, en qué año y quién lo había traducido. Notas así son muy raras en la Biblia.

Las siete notas de san Jerónimo

Dónde	Lo que dice (Torres Amat)	Qué indica
Antes de 10,4	«He traducido con toda fidelidad lo que se halla en el hebreo…»	Fin del texto hebreo; lo griego va al final, con óbelo
Entre 11,1 y 11,2	«Este era el principio del libro de Ester en la citada edición Vulgata…»	El sueño abría el libro griego
Después de 12,6	«Hasta aquí el principio del libro… donde está escrito: y les saquearon sus bienes y haciendas»	La carta de Amán iba tras 3,13
Después de 13,7	«Lo que sigue lo hallé escrito después de aquel lugar… donde se lee: Retirándose, pues, Mardoqueo…»	Las oraciones iban tras 4,17
Antes de 15,1	«También hallé estas adiciones en la edición Vulgata»	El recado de Mardoqueo, dentro de 4,8
Antes de 15,4	«Asimismo hallé lo siguiente»	La escena que sustituye a 5,1-2
Antes de 16,1	«Copia de la carta del rey Artajerjes…»	La carta iba tras 8,12

Torres Amat imprime estas notas en versalitas entre los versículos; el texto completo de cada una está en las notas a 10,4, 11,2, 13,1, 13,8, 15,1, 15,4 y 16,1. La «edición Vulgata» es la «común», la de los Setenta tal como se leía (Torres Amat pensaba en una antigua versión latina popular). La «vírgula» es el óbelo (÷), el signo con que Orígenes marcaba lo que no está en el hebreo.

PARA PROFUNDIZAR

Un libro en dos lenguas: el Ester griego, san Jerónimo y Trento

Quien lee Ester en esta Biblia lee dos libros. Hasta 10,3, la traducción que san Jerónimo hizo del hebreo: un relato que no nombra

a Dios. Desde 10,4, lo que solo se conserva en griego: un sueño y su explicación, dos cartas reales y dos largas oraciones, más de cien versículos que dicen en voz alta lo que el hebreo calla. El último versículo del libro griego (11,1) cuenta cómo llegó a sus lectores: «el año cuarto del reinado de Ptolomeo y de Cleopatra», un sacerdote llamado Dositeo y su hijo trajeron «esta carta del Furim», traducida por Lisímaco, de Jerusalén. Según cuál sea el Ptolomeo, la fecha cae hacia el 114, el 78 o el 48 a. C., y el libro fue llevado, probablemente, a Egipto (ver nota a 11,1).

Las seis adiciones no tienen el mismo origen. Las dos cartas del rey (13,1-7 y 16,1-24) usan la retórica solemne de la cancillería helenística y parecen compuestas directamente en griego. El sueño, las oraciones y la escena de Ester ante el rey podrían traducir un original hebreo o arameo perdido, aunque se discute; la Enciclopedia Católica de 1909 pensaba que todas venían «muy probablemente» del hebreo o del arameo, una opinión que hoy pocos mantienen para las cartas. El griego, además, no es uniforme: hay una segunda forma del texto, más breve, el llamado «texto alfa», que antes se atribuía a la revisión de Luciano de Antioquía. Flavio Josefo, a finales del siglo I, conoce las cartas y las oraciones, pero no cuenta el sueño (Antigüedades XI,6).

San Jerónimo encontró el libro en ese estado hacia el año 400. En el prólogo se queja de que andaba estropeado por diversos traductores y de que la edición común lo estiraba de un lado a otro con añadidos; él lo tradujo del hebreo palabra por palabra. No tiró lo que solo estaba en griego: lo reunió al final, marcado con el óbelo, el signo con que Orígenes señalaba lo que no está en el hebreo, y con siete notas breves que dicen dónde estaba cada pa-

saje (ver el cuadro «Las siete notas de san Jerónimo», al final del capítulo). Torres Amat las imprime entre los versículos y entiende en nota que la «edición Vulgata» de la que habla Jerónimo era una versión latina popular; Jerónimo se refería más bien a la edición «común», la de los Setenta tal como corría, y a la antigua versión latina hecha de ella. La paradoja es que «Vulgata» acabó siendo el nombre de su propia traducción.

Las dudas de Jerónimo tenían antecedentes. Melitón de Sardes, hacia el 170, no incluye Ester en su lista, y san Atanasio, el 367, lo pone entre los libros que se leen a los catecúmenos, fuera del canon. Pero san Clemente Romano, a finales del siglo I, ya propone a Ester como modelo de fe que suplicó con «ayuno y humillación» al Dios que todo lo ve (1 Clem 55), y Clemente de Alejandría la alaba porque salvó a Israel «por su perfecta oración a Dios» (Stromata IV,19): los dos leían el Ester griego, el que reza. Torres Amat recuerda en su prefacio que Jerónimo «tuvo por dudosos los seis últimos capítulos», y la Comisión Bíblica habla también de las vacilaciones de algunos Padres orientales y de Jerónimo (2001, nota 31). El concilio de Trento, en 1546, declaró sagrados y canónicos los libros de la Biblia «con todas sus partes», tal como se leían en la Iglesia y en la antigua Vulgata, y el Vaticano II repite la fórmula (Dei Verbum 11; Catecismo, n. 120). Las adiciones se llaman deuterocanónicas, una palabra del siglo XVI que dice que su lugar en el canon se discutió, no que sean menos inspiradas. Lutero, en cambio, llegó a decir que habría preferido que el libro no existiera, y las Biblias protestantes ponen las adiciones, cuando las traen, entre los apócrifos.

La Iglesia no elige entre las dos voces. El hebreo enseña a reconocer a Dios escondido en una noche de insomnio y en el valor de una mujer; el griego da palabras a la fe: el sueño que lo anuncia todo, las oraciones antes del peligro, «Dios trocó el corazón del rey» (15,11). Leídos juntos, atendiendo «a la unidad de toda la Sagrada Escritura», como pide el Concilio (Dei Verbum 12), se iluminan uno a otro: el griego es la primera relectura creyente del hebreo, y es también Escritura. Por eso conviene leer cada adición en su lugar (ver el cuadro del capítulo 1 y el ensayo del capítulo 6).

PAUSA

1. Mardoqueo guardó el sueño en su mente sin entenderlo. ¿Qué palabra o experiencia de Dios guardas tú todavía sin comprenderla del todo?
2. «Los humildes fueron ensalzados». ¿Dónde ves hoy que Dios levanta a los humildes?
3. El libro llegó hasta ti gracias a traductores y copistas. ¿A quién le debes que la Palabra de Dios haya llegado a tus manos?

Para orar. *Señor, cuando todo sea tinieblas y angustia, que clame a ti y vea brotar tu fuente.*

12

La conjura de los eunucos

El final del principio griego vuelve sobre un episodio que el hebreo cuenta en 2,21-23: dos eunucos traman matar al rey y Mardoqueo los descubre. Aquí lo averigua él mismo y avisa al rey, antes de que Ester entre en la historia; el rey lo recompensa en seguida y lo hace quedarse en palacio (vv. 1-5). El último versículo presenta al enemigo: Amán, el «bugeo», que quiere vengar a los eunucos en Mardoqueo y en su pueblo (v. 6). En el griego, después de esto empieza el relato de 1,1; san Jerónimo cierra aquí «el principio del libro».

Mardoqueo salva al rey

1 Estaba entonces Mardoqueo en el palacio del rey con Bagata y Tara, eunucos del rey [1], a cargo de los cuales estaban las puertas de palacio [2]; 2 y como entendiese las tramas de éstos, y hubiese averiguado bien sus designios, comprendió que atentaban contra la vida del rey Artajerjes [3], y se lo avisó al rey [4]. 3 El cual, hecho el proceso a ambos, confesando ellos el delito [5], los mandó ajusticiar. 4 Hizo el rey escribir en los anales este suceso: e igualmente lo puso por escrito Mardoqueo [6], para conservar su memoria. 5 Y le mandó el rey que morase en el palacio [7];

después de haberle gratificado por dicho descubrimiento [8].

El rencor de Amán

[6] Pero Amán, hijo de Amadati, bugeo [9], gozaba de gran favor con el rey, y quiso perder a Mardoqueo y a su pueblo, a causa de los dos eunucos del rey, ajusticiados [10].

¿Sabías que?

La conjura de los eunucos se cuenta de tres maneras. En el hebreo, Mardoqueo la descubre sentado a la puerta del rey y avisa por medio de Ester (2,21-23); en el griego, la averigua él mismo y avisa directamente al rey (12,1-6). El historiador judío Flavio Josefo, a finales del siglo I, añade un personaje: un criado de uno de los eunucos, judío de nacimiento, llamado Barnabazo, que conoció la conspiración y se la reveló a Mardoqueo (Antigüedades XI,6,4). Cada narrador llena a su manera los huecos de la historia.

PAUSA

1. Mardoqueo descubrió la conjura y salvó la vida a un rey extranjero. ¿Sirves con lealtad también a quienes no comparten tu fe?
2. El rencor de Amán por dos eunucos acabó en odio contra un pueblo entero. ¿Qué pequeño rencor podría crecer en ti si no lo cortas a tiempo?

Para orar. *Señor, hazme fiel en lo pequeño, y líbrame del rencor que se convierte en odio.*

13

La carta de Amán y la oración de Mardoqueo

Este capítulo une dos piezas que en griego estaban lejos una de otra. La primera (vv. 1-7) es el texto del decreto que Amán hizo firmar al rey: el saludo, el retrato de un rey pacífico, la calumnia contra un pueblo «esparcido por toda la tierra» y la orden de exterminarlo; en griego se lee después de 3,13. La segunda (vv. 8-18) es la oración de Mardoqueo, que en griego sigue a 4,17: alaba al Creador, explica por qué no se postró ante Amán y pide por la heredad del Señor. Al decreto del «muy grande rey» responde la súplica al Rey verdadero.

La carta de Amán contra los judíos

[1] El muy grande rey Artajerjes [1], que reina desde la India
hasta la Etiopía, a los príncipes y gobernadores de las cien-
to veintisiete provincias que están sujetas a su imperio,
salud [2]. [2] Siendo yo emperador de muchísimas naciones, y
habiendo sometido a mi dominio toda la tierra, no he que-
rido abusar de ningún modo de la grandeza de mi poderío,
sino antes bien gobernar a mis vasallos con clemencia y
mansedumbre [3], para que pasando la vida con sosiego,
sin temor alguno, gozasen la paz deseada de todos los mor-
tales.

3 E informándome de mis consejeros del modo que esto podría conseguirse, uno de ellos llamado Amán, que aventajaba a los demás en sabiduría y fidelidad, y tenía el segundo puesto en el reino [4], 4 me significó estar esparcido por toda la tierra un pueblo que se gobernaba con leyes nuevas [5]; y portándose contra la costumbre de todas las gentes, menospreciaba las órdenes de los reyes, y con sus disensiones turbaba la concordia de todas las naciones. 5 Lo cual entendido por Nos, viendo que una sola nación se opone a todo el género humano [6], usa de leyes perversas, y desobedece nuestros decretos, y perturba la paz y concordia de las provincias que nos están sujetas:

6 hemos decretado que todos cuantos fueren designados por Amán (el cual tiene la superintendencia de todas las provincias, y es el segundo después de Nos, y a quien honramos como a padre [7]) sean exterminados por sus enemigos, juntamente con las mujeres e hijos, el día catorce del mes duodécimo llamado Adar [8], del presente año, sin que nadie los perdone: 7 a fin de que esos hombres malvados, bajando al sepulcro en un mismo día [9], restituyan a nuestro imperio la paz que le habían quitado.

La oración de Mardoqueo

8 Hizo, pues, Mardoqueo oración al Señor [10], y representándole todas las maravillas que había obrado [11], 9 dijo: Señor, oh Señor, Rey omnipotente, de tu potestad depen-

den todas las cosas, ni hay quien pueda resistir a tu voluntad [12], si has resuelto salvar a Israel. [10] Tú hiciste el cielo y la tierra [13], y todo cuanto el ámbito de los cielos abraza. [11] Tú eres el Señor de todas las cosas, ni hay quien resista a tu Majestad.

[12] Tú lo sabes todo, y por consiguiente sabes que no por soberbia, ni por desdén, ni por ambición de gloria he hecho esto de no adorar al soberbísimo Amán [14]: [13] (porque para salvar a Israel estaría pronto a besar de buena gana aun las huellas de sus pies): [14] pero yo he temido trasladar a un hombre el honor debido a mi Dios [15], y adorar a ningún otro que al Dios mío.

«Apiádate de tu pueblo»

[15] Por tanto ahora, oh Señor, Rey de reyes, oh Dios de Abraham [16], apiádate de tu pueblo; pues nuestros enemigos quieren perdernos, y acabar con tu heredad [17]. [16] No menosprecies tu posesión, este pueblo rescatado por ti de Egipto. [17] Escucha mis súplicas, y muéstrate propicio a una nación que has escogido por herencia tuya, y convierte nuestro llanto en gozo [18], para que viviendo alabemos, oh Señor, tu santo Nombre; y no cierres las bocas de los únicos que cantan tus alabanzas [19].

[18] Al mismo tiempo todo Israel orando unánimemente clamó al Señor [20], viéndose amenazados todos de una muerte irremediable.

¿Sabías que?

La postración ante el rey, la proskýnesis, separaba a griegos y persas. Para los persas era la cortesía debida al soberano y a sus grandes; para los griegos, un gesto que solo se hacía ante los dioses. Heródoto cuenta que dos enviados de Esparta, llevados a Susa ante Jerjes, se negaron a postrarse aunque los guardias quisieron obligarlos, porque no tenían costumbre de hacerlo ante un hombre (*Historias* VII,136). Siglo y medio después, cuando Alejandro Magno quiso que también sus compañeros macedonios se postraran ante él, el historiador Calístenes se negó, según cuenta Arriano (*Anábasis* IV,10-12). Mardoqueo se niega por una razón distinta: no por el orgullo de un hombre libre, sino por fidelidad a Dios, y está dispuesto a humillarse en todo lo demás (13,12-14).

Las oraciones de Mardoqueo y de Ester

	Mardoqueo (13,8-18)	Ester (14,1-19)
Cómo ora	Recordando las maravillas del Señor (13,8)	Sin vestiduras reales, con ceniza y ayunos (14,2)
A quién	«Rey omnipotente», creador del cielo y de la tierra (13,9-11)	«El único Rey nuestro» (14,3); «Rey de los dioses» (14,12)
Memoria	El Dios de Abrahán; el pueblo rescatado de Egipto (13,15-16)	La elección de Israel, que oyó contar a su padre (14,5)
Confesión	Su inocencia: no dio a un hombre el honor de Dios (13,12-14)	El pecado del pueblo: «Justo eres, oh Señor» (14,6-7)
El peligro	Quieren «acabar con tu heredad» (13,15)	Callar a los que te alaban, apagar tu templo (14,8-10)
Petición	«Convierte nuestro llanto en gozo» (13,17)	«Palabras discretas» ante el león; «líbranos» (14,13-14)
Su corazón	—	Detesta la gloria de los inicuos, la corona, la mesa de Amán (14,15-18)
Final	«No cierres las bocas de los únicos que cantan tus alabanzas» (13,17)	«Líbrame a mí de mis temores» (14,19)
En la liturgia	Misas por los perseguidos y por la patria; común de santos	Jueves de la 1.ª semana de Cuaresma; Oficio de la 29.ª semana

En griego, las dos oraciones siguen a 4,17, y todo Israel clama con ellos (13,18). Se parecen a las de Judit (Jdt 9) y de Azarías en el horno (Dn 3,26-45). El Leccionario lee la de Ester según la Neovulgata, con frases de la antigua versión latina que no están en Torres Amat.

PAUSA

1. La carta de Amán habla de paz mientras ordena una matanza. ¿Sabes reconocer cuándo una causa noble se usa para justificar el desprecio de otros?
2. Mardoqueo estaba dispuesto a besar los pies de Amán por salvar a su pueblo, pero no a adorarlo. ¿Dónde está para ti la frontera entre la humildad y la complicidad?
3. Mardoqueo empieza su oración recordando lo que Dios ha hecho. ¿Qué maravillas de Dios en tu vida podrías recordarle hoy?

Para orar. *Señor, Rey de reyes, que no dé a nadie el honor que solo a ti se debe, y que nunca se cierre mi boca para alabarte.*

14

La oración de la reina Ester

Después de Mardoqueo ora Ester; en griego, también esta oración sigue a 4,17, entre la decisión de presentarse al rey y el día en que lo hace. Primero, los gestos: deja las vestiduras reales, se cubre de ceniza y ayuna (vv. 1-2). Luego la oración: invoca al único Rey y recuerda la elección de Israel (vv. 3-5), confiesa el pecado del pueblo (vv. 6-7), denuncia a los que quieren acallar la alabanza de Dios (vv. 8-11), pide palabras y valor ante «el león» (vv. 12-14), abre su corazón (vv. 15-18) y termina: «líbrame a mí de mis temores». Es la página de Ester que más lee la Iglesia.

Ester se despoja de su gloria

1 Asimismo la reina Ester [1], aterrada del peligro inminente, recurrió al Señor [2], 2 y depuestas sus vestiduras reales, tomó un traje propio del tiempo de llanto y de luto [3]; y en vez de varios perfumes, cubrió su cabeza de ceniza y de basura [4], y mortificó su cuerpo con ayunos, y esparcía los cabellos, que se arrancaba, por todos aquellos sitios en que antes acostumbraba divertirse;

«No tengo otro protector fuera de ti»

3 y hacía oración al Señor Dios de Israel, diciendo: Oh Señor mío, tú que eres el único Rey nuestro [5], socórreme en

el desamparo en que me hallo, pues no tengo otro protector fuera de ti [6]. [4] Mi peligro es inminente [7]. [5] Yo oí contar a mi padre [8] cómo tú, oh Señor, escogiste a Israel de entre todas las naciones, y a nuestros padres de entre todos sus antepasados, para poseerlos eternamente como herencia tuya, y te portaste con ellos como habías prometido.

[6] Nosotros pecamos en tu presencia, y por eso nos has entregado en manos de nuestros enemigos; [7] porque hemos adorado sus dioses. Justo eres, oh Señor [9].

[8] Mas ahora no se contentan de tenernos oprimidos con durísima esclavitud, sino que, atribuyendo al poder de los ídolos la fortaleza de sus brazos [10], [9] presumen desbaratar tus promesas [11], y destruir tu heredad, y tapar la boca de los que te alaban, y extinguir la gloria de tu templo y de tu altar; [10] a fin de que abran los gentiles sus bocas y desaten sus lenguas en alabanzas del poder de los ídolos, y celebren perpetuamente la gloria de un rey de carne y sangre [12].

[11] No entregues, oh Señor, tu cetro a los que nada son [13], para que no se rían de nuestra ruina: antes bien vuelve contra ellos sus tramas, y derriba al soberbio Amán, que ha empezado a encruelecerse contra nosotros.

«Pon en mi boca palabras discretas»

12 Acuérdate, Señor, de nosotros, y muéstranos tu rostro
en el tiempo de nuestra tribulación, y dame a mí firme
esperanza [14], oh Señor, Rey de los dioses, y de todas las po-
testades. 13 Pon en mi boca palabras discretas así que me
presente al león Asuero [15], y muda su corazón a que abo-
rrezca a nuestro enemigo, para que perezca éste con todos
sus cómplices. 14 Y líbranos con tu mano poderosa, y asís-
teme a mí, oh Señor, tú que eres mi único auxilio, tú que
conoces todas las cosas,

«Tú conoces mi necesidad»

15 y sabes que aborrezco la gloria de los inicuos, y detesto el
lecho de los incircuncisos [16], y de cualquier extranjero.
16 Tú conoces mi necesidad, y que abomino el soberbio dis-
tintivo de mi gloria que llevo sobre mi cabeza en los días
de gala y lucimiento, y que antes bien me da asco, cual
paño de una menstruosa [17], y que nunca me lo pongo en
los días de mi retiro y vida privada. 17 Sabes que nunca he
comido en la mesa de Amán, ni me han deleitado los con-
vites del rey, ni he bebido vino de libaciones [18]; 18 y que
desde el día en que fui trasladada acá hasta el presente, ja-
más ha tenido esta tu sierva contento sino en ti [19], oh Se-
ñor Dios de Abraham. 19 Oh Dios poderoso sobre todos, es-
cucha las voces de aquellos que no tienen otra esperanza

sino en ti, y sálvanos de las manos de los malvados, y líbrame a mí de mis temores [20].

¿Sabías que?

En la misa del jueves de la primera semana de Cuaresma, la oración de Ester no suena como en Torres Amat. El Leccionario sigue la Neovulgata (1979), que en este libro recoge, al parecer, frases de la antigua versión latina, anterior a san Jerónimo. Allí Ester se postra en tierra «con sus esclavas, desde la mañana hasta el atardecer», y reza una letanía de ocho estrofas que empiezan igual, «Yo oí en los libros de mis mayores, Señor»: que salvaste a Noé del diluvio, diste a Abrahán la victoria sobre nueve reyes, sacaste a Jonás del vientre del pez, libraste del horno a los tres jóvenes y del foso de los leones a Daniel, alargaste la vida de Ezequías y diste un hijo a Ana (Neovulgata 4,17s-aa). La misa lee solo la última: «yo sé, por los libros que nos dejaron nuestros padres, que tú siempre salvas a los que te son fieles».

PARA PROFUNDIZAR

Dos oraciones en la hora del peligro: Mardoqueo y Ester

En el libro griego, entre el capítulo 4 y el 5 hay un silencio lleno de palabras. Ester ha decidido entrar ante el rey sin ser llamada, «exponiéndome al peligro y a la muerte» (4,16), y Mardoqueo ha ido a reunir a los judíos de Susa. El texto hebreo pasa directamente al «tercer día» (5,1); el griego llena esos días con dos oraciones, la de Mardoqueo (13,8-18) y la de Ester (14,1-19), que san

Jerónimo encontró solo en los ejemplares griegos y colocó al final de su traducción (ver nota a 13,8). Leídas en su lugar, cambian el sentido del relato: lo que ocurrirá ante el trono del rey se decide antes ante el trono de Dios.

Las dos siguen el camino de las grandes súplicas de la Biblia (ver el cuadro del capítulo 13). Empiezan por la memoria: Mardoqueo recuerda las maravillas que el Señor había obrado (13,8); Ester, la elección de Israel que oyó contar a su padre (14,5). Confiesan quién es Dios: el creador del cielo y de la tierra, a cuya voluntad nadie resiste (13,9-11), «el único Rey nuestro» (14,3). Presentan el peligro como una amenaza contra la heredad, el templo y la alabanza de Dios (13,15-17; 14,8-10). Y en medio, cada uno hace su confesión: Mardoqueo, la de su inocencia, porque no se postró ante Amán por soberbia, sino para no dar a un hombre el honor de Dios (13,12-14); Ester, la del pecado de su pueblo, con las palabras de Daniel, de Esdras y de Tobit: «Justo eres, oh Señor» (14,6-7; Dn 9,7; Esd 9,15; Tob 3,2).

La oración de Mardoqueo es la de un hombre público que responde de un acto de conciencia cuyas consecuencias caen sobre todos. Su gran argumento es la alabanza: que Dios salve a su pueblo «para que viviendo alabemos» su nombre (13,17). La de Ester es más íntima. Empieza con gestos: se quita la corona y los perfumes, se cubre de ceniza, ayuna (14,2). Su palabra clave es la soledad: «no tengo otro protector fuera de ti» (14,3.14). No pide éxito, sino «palabras discretas» ante «el león» y que Dios cambie el corazón del rey (14,13), y el capítulo siguiente dirá que lo hizo (15,11). Abre su corazón: lo que es en palacio no es lo que desea, y su alegría está solo en Dios (14,15-18). Y termina con la petición

más humana: «líbrame a mí de mis temores» (14,19). La valentía de Ester no niega el miedo; lo entrega.

Estas oraciones tienen hermanas. Judit ora con ceniza en la cabeza antes de bajar al campamento de Holofernes (Jdt 9), y el Catecismo cuenta su oración entre las del Antiguo Testamento que oran por sí y por los demás (n. 2585); Azarías confiesa el pecado del pueblo en medio del horno (Dn 3,26-45). El lector cristiano piensa también en Jesús, que antes de entregarse oró en Getsemaní «en agonía» (Lc 22,44) y «con gran clamor y lágrimas» (Heb 5,7), mientras el griego dice que Ester oró «presa de una angustia de muerte». Es un eco, no una profecía; pero ayuda a ver que la intercesión verdadera compromete la propia vida.

La Iglesia reza estas páginas. Lee la oración de Ester el jueves de la primera semana de Cuaresma, con el evangelio «Pedid y se os dará» (Mt 7,7-12), en el texto de la Neovulgata (ver el recuadro de este capítulo), y el Oficio de lectura la lee junto con la carta de san Agustín a Proba. Allí explica Agustín por qué Dios, que sabe lo que necesitamos, quiere que se lo pidamos: para que en la oración se ejercite nuestro deseo y nos hagamos capaces de recibir lo que él prepara para darnos (Carta 130, 8,17). La oración de Mardoqueo se lee en las misas por los cristianos perseguidos y por la patria, y en el común de los santos.

Los primeros cristianos ya admiraban a Ester orante. San Clemente Romano, hacia el año 96, cuenta que, «perfecta en la fe», se expuso al peligro para librar a las doce tribus, y que con ayuno y humillación suplicó al Dios eterno que todo lo ve, el cual, viendo la humildad de su espíritu, salvó al pueblo (Carta a los Corin-

tios 55). Clemente de Alejandría dice que una mujer sola, consumida por los ayunos, detuvo diez mil manos armadas y salvó a Israel «por su oración perfecta a Dios» (Stromata IV,19). Ante un poder que parece absoluto, el creyente no tiene más arma que Dios, y esa arma basta.

PAUSA

1. Ester se quitó la corona para orar. ¿Qué «galas» tuyas te estorban para presentarte ante Dios tal como eres?
2. «No tengo otro protector fuera de ti.» ¿En qué momento has sentido esa soledad, y a quién acudiste?
3. Ester pidió palabras justas y valor, sin negar su miedo. ¿Qué conversación difícil necesitas poner hoy en manos de Dios?

Para orar. *Señor, único Rey, pon en mi boca palabras discretas y líbrame de mis temores.*

15

Ester ante el rey

Este capítulo reúne dos fragmentos griegos. El primero (vv. 1-3) es el recado de Mardoqueo a Ester, que el griego pone dentro de 4,8: «acuérdate del tiempo en que te hallabas en estado humilde... invoca tú al Señor, y habla por nosotros al rey». El segundo (vv. 4-19) ocupa el lugar de 5,1-2 y cuenta despacio lo que el hebreo dice en dos versículos: Ester deja el luto y se viste de reina, cruza las puertas con dos camaristas, ve la ira en los ojos del rey y se desmaya; entonces «Dios trocó el corazón del rey». En una escena de corte se cruzan el miedo y la gracia.

El recado de Mardoqueo

[1]Y le envió a decir (sin duda que sería Mardoqueo a Ester [1]) que se presentase al rey, e intercediese por su pueblo y por su patria [2]: [2]Acuérdate, le dijo, del tiempo en que te hallabas en estado humilde [3], y cómo fuiste criada entre mis brazos [4]: porque Amán, el segundo después del rey, ha hablado contra nosotros para que se nos quite la vida. [3]Por tanto invoca tú al Señor, y habla por nosotros al rey [5], y líbranos de la muerte.

Ester cruza las puertas

4 Al tercer día dejó Ester los vestidos que llevaba [6], y se
adornó de todas sus galas [7], 5 y brillando con el esplendor
de los aderezos de reina, después de haber invocado a
Dios, que es la guía y el salvador de todos [8], tomó consigo
dos de sus camaristas; 6 sobre una de las cuales se iba
apoyando [9], como que no podía por la suma delicadeza y
debilidad sostener su cuerpo: 7 la otra camarista iba detrás
de su señora, llevándole la falda que arrastraba por el suelo. 8 Entretanto ella, con el color de rosa en su semblante, y
con la gracia y brillo de sus ojos, encubría la tristeza de su
corazón, comprimido de un excesivo temor [10].

9 Pasadas, pues, de una en una todas las puertas [11], llegó a
ponerse enfrente del rey, que estaba sentado en su real solio, vestido con el regio manto, resplandeciendo con el oro
y pedrería: su aspecto empero causaba terror [12]. 10 Y habiendo él alzado la vista, y manifestado en sus ojos encendidos el furor de su pecho, la reina se desmayó [13], y demudado el color en palidez, reclinó su vacilante cabeza sobre
la camarista.

«Dios trocó el corazón del rey»

11 Entonces Dios trocó el corazón del rey, inclinándolo a la
dulzura [14]; y apresurado y temeroso saltó del trono, y cogiendo a Ester entre sus brazos hasta que volvió en sí, la

acariciaba con estas palabras: [12] ¿Qué tienes, Ester? Yo soy
tu hermano, no temas [15]: [13] No morirás, porque esta ley no
fue puesta para ti, sino para todos los demás [16]:
[14] arrímate, pues, y toca el cetro. [15] Como ella no hablase,
tomó él el cetro de oro, y lo puso sobre el cuello de Ester [17],
y la besó, diciendo: ¿Por qué no me hablas?

[16] La cual respondió: Te he visto, señor, como a un ángel de
Dios [18], y con el temor de tu majestad se ha conturbado mi
corazón. [17] Porque tú, oh señor, eres en extremo admira-
ble, y está tu rostro lleno de gracias [19]. [18] Diciendo esto, se
desmayó de nuevo, y quedó casi sin sentido: [19] con lo que el
rey se acongojaba, y todos sus ministros consolaban a
Ester [20].

¿Sabías que?

Cuando los pintores representan a «Ester ante Asuero», muchas veces pintan una escena que no está en el texto hebreo, sino en la adición griega: el desmayo de la reina (15,7-10). Así la pintó Artemisia Gentileschi en un gran lienzo que hoy está en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, que lo fecha en la década de 1620 (otros especialistas lo sitúan en la de 1630): Ester se desvanece, sostenida por sus damas, ante el rey. Junto a la rodilla del rey se adivina una sombra: las radiografías del museo mostraron que allí había un muchacho que sujetaba un perro, y que la propia pintora lo cubrió de pintura.

Ester y María

Ester	María
Huérfana de un pueblo desterrado, ensalzada a reina (2,7.17)	«Ha mirado la humildad de su esclava... ha ensalzado a los humildes» (Lc 1,48.52)
«¿Quién sabe si por eso has llegado a ser reina?» (4,14); «esta tu sierva» (14,18)	«He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38)
Ayuno y oración antes de actuar (4,16; 14,1-19)	«Guardaba todas estas cosas en su corazón» (Lc 2,19)
«No tengo otro protector fuera de ti» (14,3)	«Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador» (Lc 1,47)
Intercede ante el rey por su pueblo (5,1-3; 7,3; 8,3-6; 15,1-3)	«No tienen vino» (Jn 2,3); «Abogada, Auxiliadora» (Catecismo, n. 969)
Arriesga la vida por los suyos (4,16)	De pie junto a la cruz (Jn 19,25-27)
«Esta ley no fue puesta para ti» (15,13)	La Inmaculada, preservada «por singular gracia y privilegio» (aplicación tradicional; Catecismo, n. 491)
El rey extiende el cetro y concede (5,2; 15,15; 7,3)	La misericordia de Dios, a la que ella conduce (Lc 1,50)
El pueblo salvado hace fiesta (9,17-22)	«Me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc 1,48)
«Perfecta en la fe» (san Clemente Romano, *Carta a los Corintios* 55)	«Dichosa la que ha creído» (Lc 1,45)

Una figura no es una identidad: Ester anuncia, María cumple, y lo que en Ester es sombra (el harén, el segundo día de lucha de 9,13) no pasa a María. El Catecismo cuenta a Ester entre las mujeres santas cuya «figura más pura es María» (nn. 64 y 489). San Alfonso María de Ligorio, siguiendo a san Alberto Magno, ve en ella una figura de María, reina de misericordia, que pide al Rey: «dame mi pueblo» (*Las glorias de María* I,1; ver 7,3). Sobre la reina madre, ver 1 Re 2.

PARA PROFUNDIZAR

Ester, figura de María

La tradición cristiana ha visto en Ester una figura de la Virgen María. Para entenderlo bien conviene recordar qué es una figura. El Catecismo explica que la Iglesia reconoce en las obras de Dios en la Antigua Alianza «prefiguraciones de lo que Dios realizó en la plenitud de los tiempos en la persona de su Hijo encarnado» (n. 128), sin que el Antiguo Testamento pierda «su valor propio de revelación» (n. 129), y recuerda con santo Tomás que todos los sentidos de la Escritura «se fundan sobre el sentido literal» (n. 116). Una figura no es una copia. Ester vive en un harén, se casa con un rey pagano, oculta su origen y pide un segundo día de lucha en Susa (9,13): nada de eso es de María. El parecido está en el papel que Dios le da en la historia de su pueblo.

La Enciclopedia Católica de 1909 afirma, en general, que los Padres de la Iglesia consideraron a Ester figura de la Virgen. San Alfonso María de Ligorio, al comentar la Salve, recoge una aplicación que atribuye a san Alberto Magno: Ester es una gran figura de nuestra reina María; si Asuero, por amor a Ester, concedió la salvación a los judíos, ¿cómo negará Dios lo que le pida María cuando le diga, como Ester: «dame mi pueblo»? (Las glorias de María I,1; ver 7,3). El Catecismo, sin hablar de figura, cuenta a Ester entre las mujeres santas que mantuvieron viva la esperanza de Israel, de las cuales «la figura más pura es María» (n. 64), y entre las que muestran cómo Dios escoge «lo que era tenido por impotente y débil» (n. 489).

La primera línea de la figura es la humildad ensalzada. Ester es una huérfana de un pueblo desterrado, criada por caridad (2,7), a quien el rey pone la corona (2,17). Mardoqueo se lo recuerda: «acuérdate del tiempo en que te hallabas en estado humilde» (15,2). La palabra griega, tapeínōsis, y la latina, humilitas, son las del Magníficat: Dios «ha mirado la humildad de su esclava» y «ha ensalzado a los humildes» (Lc 1,48.52). Ester se llama ante Dios «esta tu sierva» (14,18), en latín ancilla, como María: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38). Y su oración es la de los pobres del Señor: «no tengo otro protector fuera de ti» (14,3).

La segunda es la intercesión. Ester no salva por sí misma: ayuna, ora, arriesga la vida y pide (4,16; 14,1-19; 7,3; 8,3-6), y vive porque el rey extiende hacia ella el cetro (5,2; 15,15). María dice a su Hijo en Caná: «No tienen vino» (Jn 2,3), y la Iglesia la invoca como «Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora» (Catecismo, n. 969), precisando que su intercesión «de ninguna manera disminuye o hace sombra a la única mediación de Cristo» (n. 970). La figura de Betsabé, la reina madre de 1 Reyes, es distinta y complementaria: Betsabé es la madre del rey, sentada a su derecha; Ester, la esposa que intercede (ver el ensayo de 1 Re 2).

La tercera es la palabra del rey: «No morirás, porque esta ley no fue puesta para ti, sino para todos los demás» (15,13). La frase es de la Vulgata, y la predicación mariana la ha aplicado tradicionalmente a la Inmaculada Concepción: una ley que alcanza a todos, la del pecado original, y una sola persona preservada por el amor del Rey. La imagen sirve si se completa con la doctrina: María fue preservada «por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo» (n. 491), es de-

cir, «redimida de la manera más sublime» (n. 492), no dispensada de la redención.

Dos precisiones para terminar. El Leccionario actual no lee a Ester en las misas de la Virgen: la figura pertenece a la tradición, a la predicación y a la devoción. Y el libro ofrece una imagen que el lector cristiano difícilmente olvida: en el sueño de Mardoqueo, una pequeña fuente se hace río, luz y sol, y «esta fuente es Ester» (10,6; 11,10-11); la liturgia de la Asunción lee la visión de la mujer «vestida del sol» (Ap 12,1). Como Ester, María no es la luz, sino la que la deja pasar: «dichosa la que ha creído» (Lc 1,45).

PAUSA

1. Mardoqueo pidió a Ester que se acordara de su «estado humilde». ¿Qué te ayuda a recordar de dónde vienes y para quién has recibido lo que tienes?
2. Ester entró ante el rey con el semblante sereno y el corazón lleno de miedo. ¿Qué paso que te da miedo te está pidiendo Dios que des?
3. ¿Por quién te gustaría interceder hoy, como Ester, ante el Rey?

Para orar. *Dios, que trocaste el corazón del rey, cambia también el mío y hazme intercesor de los que no tienen quien hable por ellos.*

16

La carta de Artajerjes en favor de los judíos

La segunda carta del rey, que en griego sigue a 8,12, deshace la primera (13,1-7) con el mismo estilo solemne. Empieza con una reflexión general sobre los ministros que abusan de la bondad de los reyes (vv. 1-9); desenmascara a Amán, «macedonio» y traidor (vv. 10-14); declara inocentes a los judíos, «hijos del Dios altísimo» (vv. 15-16), y da sus órdenes: anular las cartas de Amán, dejar a los judíos vivir según sus leyes y ayudarlos el trece de Adar (vv. 17-21), y celebrar ese día en todo el imperio (vv. 22-24). Un rey pagano confiesa, a su manera, al Dios de Israel.

Los malos consejeros de los reyes

1 El grande Artajerjes [1], rey desde la India hasta la Etiopía,
a los gobernadores, y príncipes de las ciento veintisiete
provincias que obedecen a nuestro imperio, salud.
2 Muchos han abusado de la bondad de los príncipes [2], y
de los honores que se les han conferido, para ensoberbe-
cerse: 3 ni se contentan con oprimir a los vasallos de los re-
yes; sino que no siendo capaces de mantener con modera-
ción la gloria recibida, maquinan traiciones contra los
mismos que se la dieron. 4 Ni les basta el ser ingratos a los
beneficios, y el violar en sí mismos los derechos de la hu-

manidad; sino que presumen también poder sustraerse al juicio de Dios que todo lo ve [3]:

[5] y ha llegado a tal punto su desvarío, que con los ardides de sus mentiras han intentado arruinar a los que cumplen exactamente los cargos que les han sido confiados, y que se portan en todo de tal manera, que se hacen dignos del común aplauso: [6] engañando con astutas mañas los oídos sencillos de los príncipes, que juzgan de los otros por su buen natural. [7] Lo cual se comprueba, ya con las historias antiguas, ya también con lo que sucede cada día, donde se ve que por las malas sugestiones de los tales se pervierten las buenas inclinaciones de los reyes [4]. [8] Por tanto es necesario proveer a la paz de todas las provincias. [9] Mas no penséis que si variamos nuestras órdenes, proviene esto de ligereza de ánimo, sino que la mira del bien de la república nos obliga a arreglar nuestras determinaciones conforme a la condición y necesidad de los tiempos.

Amán, desenmascarado

[10] Y para que conozcáis mejor lo que decimos, sabed que Amán, hijo de Amadati, macedonio de corazón y de origen [5], y que nada tiene de común con la sangre de los persas, el cual con su crueldad amancillaba nuestra clemencia, extranjero como era, fue acogido por Nos, [11] y le dimos tantas muestras de benevolencia, que era llamado nuestro padre [6], y venerado de todos como el segundo

después del rey. 12 Mas llegó a tan alto grado la hinchazón
de su arrogancia, que maquinó privarnos del reino y de la
vida. 13 Puesto que con nuevos y nunca oídos artificios tra-
mó la muerte de Mardoqueo, a cuya lealtad y buenos ser-
vicios debemos la vida, y de Ester, esposa nuestra y com-
pañera en nuestro reino [7], y de toda su nación: 14 teniendo
la mira, quitada la vida a éstos, y quedando así Nos solo,
de armar asechanzas a nuestra vida, y trasladar a los ma-
cedonios el reino de los persas [8].

Los judíos, «hijos del Dios altísimo»

15 Nos empero hemos hallado exentos de toda culpa a los
judíos, a quienes había destinado a la muerte el peor de los
hombres, y que antes bien se gobiernan con leyes justas [9];
16 y que son hijos del Dios altísimo, máximo, y siempre
viviente [10], por cuyo beneficio fue dado el reino a nuestros
padres, y a Nos, y conservado hasta el día de hoy. 17 Por
tanto, sabed que son nulas las cartas expedidas por él en
nuestro nombre [11]. 18 Por cuya maldad, así él, que la fra-
guó, como toda su parentela, están colgados en patíbulos
ante las puertas de esta ciudad de Susán; no siendo noso-
tros, sino Dios, el que le ha dado su merecido [12].

19 Y este edicto, que ahora enviamos, publíquese en todas
las ciudades, para que sea permitido a los judíos el vivir se-
gún sus leyes [13]: 20 a los cuales debéis vosotros dar auxilio,
a fin de que el día trece del duodécimo mes llamado Adar,

puedan acabar con la vida de aquellos [14] que estaban o estén prevenidos para darles a ellos la muerte; [21] pues este día de aflicción y de llanto, el Dios Todopoderoso ha hecho que se les convirtiese en día de gozo [15].

Una fiesta para todo el imperio

[22] Por lo que también vosotros contaréis este día entre los demás días festivos [16]; y lo celebraréis con toda suerte de regocijos, para que la posteridad sepa [23] que todos los que son súbditos fieles de los persas reciben la recompensa digna de su lealtad, al paso que los conspiradores contra su reino perecen en pena de su traición. [24] Cualquier provincia empero, o ciudad, que no quisiere tener parte en esta solemnidad, perezca a fuego y a sangre [17], y sea de tal manera arrasada que quede para siempre intransitable, no sólo a los hombres, sino aun a las bestias, para escarmiento de los despreciadores y desobedientes a las órdenes reales.

¿Sabías que?

El libro llamado Tercero de los Macabeos, que no está en la Biblia católica pero sí en la Biblia griega de la Iglesia ortodoxa, cuenta una persecución de los judíos de Egipto bajo Ptolomeo IV Filopátor (221-204 a. C.). Sus dos cartas reales se parecen mucho a las de Artajerjes. En la primera, el rey presume de su humanidad y manda llevar a los judíos encadenados, «con sus mujeres e hijos», a una muerte cruel (3 Mac 3,12-29). En la segunda culpa a «algunos de nuestros amigos», que lo incitaron por malicia, reconoce que el Dios del cielo protege a los judíos como un padre a sus hijos y los declara libres de culpa (7,1-9); y los judíos instituyen unos días de fiesta (6,36; 7,19). Muchos estudiosos piensan que los dos libros nacieron en el mismo ambiente, el judaísmo de lengua griega de Egipto.

Las dos cartas de Artajerjes (13,1-7 y 16,1-24)

	Primera carta, dictada por Amán	Segunda carta, en favor de los judíos
El saludo	«El muy grande rey Artajerjes... salud» (13,1)	«El grande Artajerjes... salud» (16,1)
El rey	Clemente y pacífico, señor de toda la tierra (13,2)	Engañado, como otros reyes, por malos ministros (16,2-9)
Amán	Sabio y fiel, «el segundo después del rey», honrado «como a padre» (13,3.6)	«Macedonio», extranjero, traidor que buscaba el reino (16,10-14)
Los judíos	Un pueblo de «leyes nuevas» y «perversas», contra «todo el género humano» (13,4-5)	Inocentes, «con leyes justas», «hijos del Dios altísimo» (16,15-16)
La orden	Exterminarlos con sus mujeres e hijos el 14 de Adar (13,6)	Anular las cartas de Amán y ayudar a los judíos el 13 de Adar (16,17-20)
El motivo	Devolver la paz al imperio (13,7)	Dios «le ha dado su merecido» y cambió el día en gozo (16,18.21)
La fiesta	—	Que la celebren también los súbditos leales (16,22-23)
La amenaza	—	Fuego y sangre para quien no la celebre (16,24)

Las dos cartas solo se conservan en griego, y muchos estudiosos piensan que se compusieron en esa lengua, al estilo de las cancillerías helenísticas, como las del Tercero de los Macabeos (ver el recuadro de este capítulo). La Pontificia Comisión Bíblica cita la primera como ejemplo de la animosidad antigua contra los judíos (2001, nota 336). Solo ella fija el día catorce; el hebreo y la segunda carta dicen el trece. Los decretos del texto hebreo se comparan en el cuadro del capítulo 8.

PAUSA

1. El rey reconoció su error, aunque culpó a otros. ¿Te cuesta reconocer tus decisiones equivocadas sin buscar a quién echar la culpa?
2. La carta llama a los judíos «hijos del Dios altísimo» después de haberlos calumniado. ¿A quién has juzgado con dureza y necesita que rectifiques tu palabra?
3. Hasta la carta de la liberación terminaba con una amenaza. ¿Cómo celebras tus victorias sin humillar a nadie?

Para orar. *Dios altísimo y siempre viviente, que la verdad deshaga las calumnias y que tu alegría no conozca la venganza.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Cuánto duró el convite con que Asuero mostró las riquezas de su reino? 1
2. ¿Qué hizo la reina Vasti cuando el rey la mandó llamar? 2
3. ¿Qué propuso Mamucán? 3
4. ¿Cuál era el otro nombre de Ester? 4
5. ¿Qué le había mandado Mardoqueo a Ester sobre su pueblo? 5
6. ¿Cómo informó Ester al rey de la conjura de los dos eunucos? 6

Capítulos 3 a 4

1. ¿Por qué se encolerizó Amán contra Mardoqueo? 1
2. ¿Qué es el «Fur»? 2

3. ¿Qué día fijaba el decreto para exterminar a los judíos? 3

4. ¿Por qué temía Ester presentarse ante el rey? 4

5. ¿Qué pidió Ester a los judíos de Susa antes de presentarse ante el rey? 5

Capítulos 5 a 6

1. ¿Qué hizo el rey al ver a Ester parada en la antecámara? 1

2. ¿Qué pidió Ester en el primer banquete? 2

3. ¿Qué aconsejaron a Amán su mujer y sus amigos? 3

4. ¿Qué hizo el rey la noche en que no podía dormir? 4

5. ¿Qué encontraron escrito en los anales, y qué premio había recibido Mardoqueo? 5

6. ¿Qué le dijeron a Amán su esposa y sus sabios cuando volvió a casa? 6

Capítulos 7 a 8

1. ¿Qué pidió Ester al rey en el segundo banquete? 1

2. ¿Quién habló al rey del patíbulo que Amán había preparado para Mardoqueo? 2

3. ¿Qué hizo el rey con la casa y con el anillo de Amán? 3
4. ¿Por qué no pudo el rey anular las cartas de Amán? 4
5. ¿Qué día se fijó para que los judíos se defendieran de sus enemigos? 5

Capítulos 9 a 10

1. ¿Qué no quisieron tocar los judíos después de vencer a sus enemigos? 1
2. ¿Por qué los judíos de Susán celebran la fiesta un día después que los de las aldeas? 2
3. ¿Qué pide la carta de Mardoqueo para los días de Purim? 3
4. ¿De dónde viene el nombre de Furim? 4
5. ¿Qué puesto alcanzó Mardoqueo al final del texto hebreo? 5
6. ¿Qué significan la pequeña fuente y los dos dragones del sueño? 6
7. ¿Qué dos suertes mandó poner Dios, según la explicación del sueño? 7

Capítulos 11 a 12

1. ¿Quiénes trajeron la «carta del Furim», según la nota final del libro griego? [1]
2. ¿Qué hizo la nación de los justos cuando se vio amenazada, y qué ocurrió? [2]
3. ¿Cómo se llamaban los eunucos que conspiraron contra el rey en el relato griego? [3]
4. ¿Por qué quiso Amán perder a Mardoqueo, según el relato griego? [4]

Capítulos 13 a 14

1. ¿En qué lugar del relato griego se leía la carta de Amán que la Vulgata pone en 13,1-7? [1]
2. ¿Qué día fija para la matanza la carta de Amán, y qué día dicen el texto hebreo y la segunda carta? [2]
3. ¿Por qué no se postró Mardoqueo ante Amán, según su oración? [3]
4. ¿Qué hizo Ester antes de orar? [4]
5. ¿Cómo llama Ester a Dios al empezar su oración? [5]

6. ¿Qué pide Ester para el momento de presentarse al rey? 6

Capítulos 15 a 16

1. ¿Qué pide Mardoqueo a Ester en el recado que el griego pone dentro de 4,8? 1
2. ¿Quién cambia el ánimo del rey cuando Ester se desmaya? 2
3. ¿Qué dice el rey a Ester sobre la ley que castigaba con la muerte al que entraba sin ser llamado? 3
4. ¿Cómo describe a Amán la segunda carta del rey? 4
5. ¿Cómo llama el rey a los judíos en su segunda carta? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras perdidas o mal leídas, cotejadas con las ediciones de 1824 y 1884: con ellas se han recuperado los «príncipes de su corte» invitados al convite (1,3) y se han corregido, entre otros, «Vasto» por Vasti (2,4), los «criados» de Ester, que eran sus «criadas» (4,16), y la reina que «imploró» en lugar de «imploro» la clemencia del rey (7,3)). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de las ediciones de Torres Amat. En 1,1 – 10,3, que san Jerónimo tradujo del hebreo, coincide con la del texto hebreo y con la de las Biblias modernas. Lo que solo se conserva en griego lo reunió san Jerónimo al final del libro, en 10,4 – 16,24, empezando por la explicación del sue-

ño (10,4 – 11,1), que en el griego cerraba el libro, y con breves notas que dicen dónde estaba cada pasaje; muchas Biblias actuales, la Neovulgata y el Leccionario lo ponen en su lugar dentro del relato y lo numeran con letras (las adiciones A-F, o letras añadidas al versículo, como 1,1a o 4,17a). Equivalencias: 11,2 – 12,6 (el sueño de Mardoqueo y la conjura de los eunucos) es la adición A, que abre el libro griego antes de 1,1; 13,1-7 (la carta de Amán) es la B, después de 3,13; 15,1-3 (el recado de Mardoqueo a Ester) forma parte del 4,8 griego; 13,8 – 14,19 (las oraciones de Mardoqueo y de Ester) es la C, después de 4,17; 15,4-19 (Ester ante el rey) es la D, que ocupa el lugar de 5,1-2; 16,1-24 (la carta de Artajerjes en favor de los judíos) es la E, después de 8,12; 10,4-13 (la explicación del sueño) es la F, después de 10,3, y 11,1 (la nota sobre la traducción griega) cierra el libro griego. La lectura de la Misa «Ester 4,17n.p-r.aa-bb.gg-hh» toma versos de la oración de Ester (14,1-19), con alguna frase de la antigua versión latina. La transcripción digital de la que procede el texto llega solo hasta 10,3: las adiciones se han tomado de la edición de 1884, cotejada con la primera, de 1824, con la ortografía de la transcripción, y las siete notas de san Jerónimo que Torres Amat imprime entre los versículos se citan en las notas a 10,4, 11,2, 13,1, 13,8, 15,1, 15,4 y 16,1. En 1,1 – 10,3 no falta ningún versículo, pero la transcripción había perdido o cambiado palabras en varios, por ejemplo en 1,3, 2,4, 4,16, 7,3 y 10,2; se han restituido según las ediciones de 1824 y 1884. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás (el Salmo 138, que responde a la oración de Ester en la Misa, es en su Biblia el 137), y el «día de Mardoqueo» de 2 Mac 15,36 es en su Biblia 2 Mac 15,37.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.